

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Rudolf Rocker: El ideario de Proudhon.—Octavio Paz: Unas cuartillas admirables.—Gérard de Lacaze-Duthiers: Preludio.—Silverio Lanza: Crítica miope.—Julien Benda, Nicolás Berdiaeff, Emmanuel Berl, Ernst-Robert Curtius, Rudolf Eucken, Theodor Haecker, Henri de Man, Eduard Spranger, Ludwig Stein: Más ideas sobre la cultura.—Fabian Moro: ...Y Marte vendió.—Emilio Muse: Escepticismo y porvenir social.—Dra. A. Poch y Gascón: La sífilis, enemiga de la belleza.

NOTAS

Costa Iscar: Respuesta anárquica individualista a una encuesta.—Campio Carpio: En el centenario del nacimiento de Guerra Junqueiro.—Denis: Ricardo Mella.—Angel Samblancat: Segovia pañera.—F. del Pino: No es por ahí.

8

Agosto, 1951

REVISTA MENSUAL



Ayuntamiento de Madrid



Superadas todas las dificultades, el primer volumen de «LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA» será puesto a la venta en la primera decena de septiembre.

Todos los pedidos deben dirigirse a: Martín Vilarrupla, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), acompañados del giro correspondiente a C.C.P. 1197-21 «CNT» hebdomadaire, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), sin especificar otro nombre.

El precio de un ejemplar es de 600 francos. A partir de 5 ejemplares 10 por ciento de descuento.

Ediciones: C.N.T. de España en el Exilio.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Director: A. GARCIA.—24, rue
Ste-Marthe, Paris (X).

Administrador: M. VILARRU-
PLA.—4, rue Belfort, Toulouse
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia.
180 francos trimestre; Exterior.
210 francos.

Número suelto, 70 francos.
Paqueteros, 15 por 100 de des-
cuento a partir de cinco ejem-
plares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort,
TOULOUSE (H.-G.).

EL IDEARIO DE PROUDHON



ENTRE los grandes precursores de la idea socialista, Proudhon fué uno de los hombres que mejor comprendieron la importancia histórica del socialismo. Hasta hoy no se ha podido destruir su influencia intelectual sobre el movimiento socialista de los países latinos y es una fuente viva para lograr nuevos estímulos y nuevas posibilidades de desarrollo. Proudhon reconoció, con gran clarividencia, que la obra de la Revolución Francesa sólo se había realizado a medias; que la tarea de la «Revolución del siglo XIX» debía ser la continuación de esa obra, llevándola a la perfección, a fin de conducir a nuevos caminos el desarrollo social de Europa, ya que la trayectoria de la Gran Revolución se agotó en el momento en que puso fin a la tutela monárquica allanando el camino para que los pueblos pudiesen tomar en sus propias manos su destino social, después de haber estado durante siglos sirviendo al absolutismo de los príncipes cual rebaño sin voluntad, asegurando la existencia de éstos por medio de su trabajo.

Ahi residía la gran tarea de la época, tarea que Proudhon reconoció más claramente que la mayoría de sus contemporáneos. Ciertamente que la Gran Revolución había eliminado a la monarquía como institución social y política, pero no logró eliminar, junto con la monarquía, la «idea monárquica», como decía Proudhon, la cual despertó a una nueva vida debido a la centralización política del jacobinismo y a la ideología del Estado nacional unitario. Esa herencia nefasta que nos ha quedado de tiempos pasados, se expresa hoy nuevamente en el llamado «principio del caudillo» del Estado totalitario; pero no es sino una nueva forma de la antigua «idea monárquica».

Proudhon advirtió claramente que el absolutismo, ese eterno principio de tutela para un fin «querido de Dios», cerrado a toda objeción humana, era lo que mayores trabas ponía a los hombres en sus aspiraciones de alcanzar formas más elevadas de la existencia social. Para él, el socialismo no significaba tan sólo un problema de economía, sino también una cuestión cultural, que abarcaba todos los dominios de la actividad humana. Proudhon sabía que no era posible eliminar las tradiciones autoritarias de la monarquía tan sólo en un terreno, con-

servándolas en todos los demás, a no ser que se quiera entregar la causa de la liberación social a un nuevo despotismo. Para él, la explotación económica, la opresión política y la servidumbre intelectual no significaban sino diferentes fenómenos producidos por una misma causa. Proudhon veía en la monarquía el símbolo de toda esclavitud humana. Para él, no era tan sólo una organización política, sino un estado social el que producía determinadas consecuencias inevitables, tanto espirituales como psicológicas, que se advertían igualmente en todos los terrenos de la vida social. En este sentido, llamaba al capitalismo la «monarquía de la economía», pues convierte al trabajo en tributario del capital, del mismo modo que la sociedad rinde tributo al Estado y el espíritu a la Iglesia.

«El concepto económico del capital—dice Proudhon—, la idea política del Estado o de la autoridad, así como la concepción teológica de la Iglesia, no son sino representaciones idénticas, que se completan reciprocamente, fundiéndose unas con otras. Por tanto, resulta imposible combatir una y mantener intacta otra. Es éste un hecho sobre el que hoy día están de acuerdo todos los filósofos. Lo que el capital hace respecto al trabajo, eso hace el Estado en relación a la libertad, y la Iglesia en lo que se refiere al espíritu. Esa trinidad del absolutismo resulta, en la práctica, tan nefasta como en la filosofía. Para oprimir al pueblo eficazmente es preciso encadenar tanto a su cuerpo como a su voluntad y su corazón. Si el socialismo tiene la intención de revelarse en una forma exhaustiva, universal y libre de todo misticismo, no tiene que hacer sino llevar a la conciencia del pueblo la importancia de esa trinidad».

Partiendo de estos conceptos, Proudhon veía en el desarrollo de los grandes Estados modernos y en la influencia, cada vez más grande, del monopolio económico, el mayor peligro para el porvenir de Europa. Ese peligro quería conjurarlo por medio de una preparación consciente, basada en la experiencia, creando una federación de comunidades libres, sobre la base de la igualdad económica y de tratados recíprocos. Sabía claramente que ese estado de cosas no podía desarrollarse de un día para otro, sino que se trataba, en primer lugar, de hacer hombres aptos para un mejor conocimiento, por medio del pensamiento y actividades constructivas. Sólo

así sería posible encauzar sus aspiraciones en cierta dirección, a fin de que, por propio impulso, pudiesen contrarrestar el peligro que les amenazaba.

Cualquier tentativa de eliminar las tendencias absolutistas dentro del organismo social y poner límites más estrechos al monopolio económico, significaba, para Proudhon, un verdadero paso adelante en el camino de la liberación social. Todo cuanto se opusiera a ese gran fin, contribuyendo, conscientemente, a fortalecer a la monarquía espiritual, económica o políticamente mediante nuevas pretensiones de poderío, no haría sino eternizar el círculo vicioso de la ceguera y allanar el camino para la reacción social, incluso si tales esfuerzos se hacían con el nombre pretencioso de la «revolución».

La mayor parte de los socialistas contemporáneos ni siquiera se toman el trabajo de penetrar en las ideas de Proudhon, cuyas obras son tan ignoradas por la mayoría de aquéllos como es ignorado por los zulus el teorema de Pitágoras o la teoría de la unidad del universo. Lo único que conocen de sus obras de una manera superficial es su enseñanza del «libre crédito» y su intento de instituir un «banco popular», intento que nunca llegó a realizarse debido a la intervención del gobierno francés. Y aun el conocimiento de esa mínima parte de la obra de Proudhon, lo tienen a través de la imagen deformada que de ella hicieron algunos escritores marxistas, la cual da la impresión de que Proudhon no fué sino un charlatán ordinario, que no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida que pregonar, ante la pobre humanidad, sus remedios contra toda clase de enfermedades sociales.

En realidad, Proudhon fué entre todos los antiguos socialistas precisamente el que más decidida e insistentemente se opuso a la creencia en una panacea universal que curaba todos los vicios sociales. Sabía que la tarea reservada al socialismo no era en modo alguno un nudo gordiano que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados «remedios universales», mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato.

Proudhon era un hombre que no tenía «metas fijas», pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía buscarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión que la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu porque el concepto de libertad tiene precisamente la propiedad de ir amplificándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo «ahora es mía», demuestra por eso mismo que ya la ha perdido».

Partiendo de ese punto de vista, hay que valorizar también las tentativas prácticas de Proudhon. Estos intentos se derivaban de las circunstancias de la época, y sólo pueden ser explicados y comprendidos en relación con la misma. Como sucede con todo pensador cuya actividad pertenece al pasado, también existen en la obra de Proudhon aspectos que han sido superados por el tiempo, quedando sin embargo intacta la importancia creadora de su obra. Incluso nos parece sorprendente cuánto sigue siendo vivo, alcanzando nuevo significado precisamente con la actual situación mundial.

Proudhon, que comprendió la esencia del Estado mejor que la mayoría de sus contemporáneos socialistas, no se hacía ilusiones en cuanto a las consecuencias inevitables de todas las tendencias absolutistas, cualesquiera que fuesen las formas en que éstas pudiesen aparecer y cualquiera que fuese el grupo que las estimulase. Por tanto, también se daba cuenta clara del carácter verdadero de todos los partidos políticos, y estaba convencido firmemente que no podría salir de ellos ningún trabajo creador para una auténtica transformación social. Por eso advertía a los socialistas extraviados en la vía de las tendencias absolutistas, tratando de explicarles que, tan pronto como el socialismo llegara a gobernar, terminaría su papel y quedaría entregado irremediamente a la reacción.

«Todos los partidos políticos, sin excepción alguna—decía Proudhon—en tanto aspiren al poder público, no son sino formas particulares del absolutismo. No habrá libertad para los ciudadanos; no habrá orden en la sociedad, ni unidad entre los trabajadores, mientras que en nuestro catecismo político no figure la renuncia absoluta a la autoridad, armazón de todo tutelaje».

Proudhon fué, entre los socialistas más viejos, quizá el único que declaró la guerra a todo sistema cerrado, ya que había advertido que las condiciones de la vida social son demasiado múltiples y heterogéneas para poder ser apresadas dentro de un determinado molde, sin que se cometa violencia contra la sociedad sustituyéndose una vieja forma de tiranía por otra nueva. Por tanto, sus ataques no se dirigían tan sólo contra los representantes del orden social actual, sino también contra muchos de los llamados «libertadores», que únicamente querían cambiar sus puestos con los poderhabientes de entonces, prometiendo a las masas tesoros en la luna para poder más fácilmente abusar de ellas en beneficio de su ambición personal. De un significativo pasaje, tomando de una carta de Proudhon a Carlos Marx, que transcribimos a continuación, se puede deducir cuán libremente pensaba Proudhon:

«Tratemos en común, si usted quiere, de conocer las leyes de la sociedad; fijar su modo de ser y seguir el camino que allanamos al someternos a este trabajo. Pero, ¡por Dios!, no pensemos, por nuestra parte, en ejercer una tutela sobre el pueblo, después de haber destruido, «a priori», todo «dogmatismo». No caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, el cual, después de haber refutado los dogmas de la teología católica, procedió, con celo incrementado y gran lujo de interdictos y juicios condenatorios, a dar vida a una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania está ocupada en eliminar esa nueva revestitura aplicada por Lutero al viejo edificio. No debemos colocar a los hombres, mediante nuevas confusiones y un disfraz de los viejos fundamentos,

ante una nueva tarea. De corazón celebro su idea de dar expresión a todas las opiniones del día. Tratemos de hacerlo en la forma de una explicación amistosa; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y clarividente; y no tratemos, por el hecho de hallarnos a la cabeza de un movimiento, de convertirnos en caudillos de una nueva intolerancia. No hemos de hacernos pasar por apóstoles de una nueva religión, ni siquiera de la religión de la lógica y la razón. Recibamos y estimulemos toda protesta; estigmatizaremos todo exclusivismo, todo misticismo. No consideremos jamás agotada una cuestión; y, después de haber gastado nuestro último argumento, empecemos de nuevo, si fuese necesario, con elocuencia e ironía. En estas condiciones me adheriría con placer a su asociación. Pero si no, no».

Este escrito, fechado el 17 de mayo de 1846, es doblemente importante. En primer lugar, es característico para mostrar el modo de ser franco y sincero de Proudhon, revelando su profunda aversión contra todo dogmatismo y todo sectarismo; y es importante, además, porque fué la causa inmediata de la ruptura que tuvo lugar entre Marx y Proudhon.

Proudhon fué un pensador solitario, mal comprendido, no sólo por sus adversarios demócratas y socialistas, sino también, a menudo, incluso por sus partidarios posteriores, los cuales confundieron ciertas proposiciones prácticas de Proudhon, nacidas al calor de las condiciones de la época, con la verdadera obra de su vida. Su correspondencia voluminosa (que consta de catorce tomos grandes) contiene innumerables explicaciones de sus ideas, que demuestran lo dicho anteriormente, y que son indispensables para un estudio concienzudo de sus obras. La mirada de Proudhon iba dirigida demasiado profundamente hacia las relaciones internas de los fenómenos sociales para que hubiera podido encontrar un eco en aquellos ciegos imitadores de la tradición jacobina, que esperaban la salud únicamente de una dictadura. Fué, entre los antiguos socialistas, uno de los pocos que pretendió llevar a un fin el pensamiento político del liberalismo, dándole un contenido económico.

Es característico que precisamente los representantes de la escuela marxista trataran, cada vez de nuevo, de refutar el pretendido «utopismo» de Proudhon, haciendo hincapié, con evidente alegría maliciosa, en que el enorme fortalecimiento del poder central del Estado y la influencia constantemente incrementada de los modernos monopolios económicos, probaba claramente el atraso intelectual de las ideas y aspiraciones de Proudhon, como si por el hecho de tal desarrollo se alterara en lo más mínimo la cosa misma. Con el mismo derecho se podría sostener hoy que la doctrina de la llamada «misión histórica del proletariado» nos ha conducido totalmente hacia el fascismo y al advenimiento del «Tercer Reich».

Proudhon previó claramente las consecuencias inevitables de un desarrollo en esa dirección, y no escatimó esfuerzo alguno para hacer conscientes a sus contemporáneos de la magnitud del peligro.

Más que nadie concertó todas sus fuerzas en guiar a los hombres hacia nuevos caminos para prevenir la catástrofe inminente. Y no fué culpa suya el que se hayan despreciado sus advertencias, y que su palabra se haya perdido en medio del estruendo de las pasiones de los partidos políticos. Todo el desarrollo económico, político y social, sobre todo después de la guerra franco-alemana de 1870-71, nos muestra con claridad aterradora cuánta razón tuvo Proudhon en su juicio sobre la situación en general. Precisamente hoy, cuando con velas desplegadas nos dirigimos hacia un nuevo período de absolutismo político y social; en un momento en que el moderno capitalismo centralizado pisotea, hasta dar muerte, con brutal desprecio de toda consideración humana, los últimos restos de independencia económica, y cuando las pretensiones dictatoriales son más intensas, se revela claramente toda la inopia intelectual de nuestra época; precisamente hoy se manifiesta en todo su alcance la importancia histórica de la obra de Proudhon.

Sobre todo revela que la liberación social no constituye tan sólo un problema económico. La «Gleichschaltung» (1), el ajuste más perfecto de las fuerzas económicas, no ofrece garantía alguna para la liberación auténtica y total de la humanidad. Incluso, bajo ciertas circunstancias, produce el efecto de una esclavización mucho mayor que la que hemos conocido hasta hoy. La ciega fe de tantos socialistas en que la estatificación de la economía pudiera resolver la cuestión social, se basa en una concepción totalmente errónea de la tarea que incumbe al socialismo. Los acontecimientos económicos en los llamados Estados totalitarios, y especialmente el ejemplo instructivo que nos da la «dictadura del proletariado» en Rusia, nos han mostrado con harta claridad que la estatificación de la vida económica marcha paralelamente a una total denegación de todos los derechos y libertades personales; y que ha de ser así fatalmente, ya que la estatificación de la economía ayuda a subir al poder a una jerarquía burocrática, cuya influencia, en tanto que clase dominante, no resulta menos nefasta para el pueblo trabajador que el papel que desempeñan las clases poseedoras en los Estados capitalistas, e incluso lo supera aún en cuanto a sus consecuencias espirituales, físicas y morales. La igualdad económica que reina en las prisiones o en los cuarteles no constituye ciertamente ningún modelo adecuado para la cultura social más elevada del futuro. También en ese aspecto Proudhon se muestra como profeta, pues predijo que una unión del socialismo con el absolutismo habría de conducir a la mayor tiranía de todos los tiempos.

Rudolf ROCKER

(1) La fea palabra «Gleichschaltung», tan a menudo empleada en la jerga nazi, aparecía ya antes del advenimiento del «Tercer Reich» en boca de los líderes sindicalistas y socialistas en Alemania. En semejantes palabras se refleja, a menudo, todo un modo de pensar

UNAS CUARTILLAS ADMIRABLES⁽¹⁾



A fecha que hoy reúne a los amigos de los pueblos españoles preside, como un como un astro fijo, la vida de mi generación. Luz y sangre. Así, permitidme que recuerde lo que fué para mí, y para muchos hombres de mi edad, el 19 de julio de 1936. Nada más distinto a tener veinte años en 1951 que haberlos tenido en 1936. Yo era estudiante y vivía en México. En aquella época todos nos parecía claro y neto. No era difícil escoger. Bastaba con abrir los ojos: de un lado, el viejo mundo de la violencia y la mentira con sus símbolos: el Casco, la Cruz, el Paraguas; del otro, un rostro de hombre, alucinante a fuerza de esculpida verdad, un pecho desnudo y sin insignias. Un rostro, miles de rostros y pechos y puños. El 19 de julio de 1936 el pueblo español apareció en la Historia como una milagrosa explosión de salud. La imagen no podía ser más pura: el pueblo en armas y todavía sin uniforme. Algo tan increíble e inaudito y, al mismo tiempo, tan evidente como la súbita irrupción de la primavera en un desierto. Como la marcha triunfal del incendio. El pueblo en carne y hueso. Vulnerable y mortal, pero seguro de sí y de la vida. La muerte había sido vencida. Se podía morir, porque morir era dar vida. Cuerpo mortal: cuerpo inmortal. Durante unos meses vertiginosos las palabras, grangrenadas desde hacia siglos, volvieron a brillar, intactas, duras, sin dobleces. Los viejos vocablos—bien, y mal, justo e injusto, traición y lealtad—habían arrojado al fin sus disfraces históricos. Sabíamos cual era el significado de cada uno. Tanta era nuestra certidumbre que casi podíamos palpar el contenido hoy inaccesible, de palabras como libertad y pueblo, esperanza y revolución. El 19 de julio de 1936 los obreros y campesinos españoles devolvieron al mundo el sabor solar de la palabra fraternidad. Desde México veíamos arder la inmensa hoguera. Y las llamas nos parecían un signo: el hombre tomaba posesión de su herencia. El hombre empezaba a reconquistar al hombre.

El rasgo original del 19 de julio reside en la espontaneidad fulminante con que se produjo la respuesta popular. La sublevación militar había dislocado toda la estructura del Estado español. Despojado de sus medios naturales de defensa—el ejército y la policía—el gobierno se convirtió en un simple fantasma: el del orden jurídico frente a la rebelión de una realidad que la República se había obstinado en ignorar. El gobierno no tenía nada que oponer a sus enemigos. Y en este momento aparece un personaje que nadie había invitado: el pueblo. La violencia de su irrupción y la rapidez con que se apoderó de la escena no sólo sorprendió a sus adversarios sino también a sus dirigentes. Los

partidos y eso que la jerga política llama el «aparato» fueron desbordados por la marea. En lugar de que otros, en su nombre y con su sangre, hicieran la Historia, el pueblo español se puso a hacerla, directamente con sus manos y su instinto creador. Desapareció el coro: todos habían conquistado el rango de héroes. En unas cuantas horas volaron en añicos muchos esquemas intelectuales. Y mostraron su verdadera faz todas esas teorías, más o menos maquiavélicas y jesuíticas, acerca «de la técnica del golpe de Estado» y la «ciencia de la revolución». De nuevo la Historia reveló que poseía más imaginación y recursos que las filosofías que pretendían encerrarla en sus prisiones dialécticas. Lo que ocurrió en España el 19 de julio de 1936 fué algo que después no se ha visto en Europa: el pueblo, sin jefes, representantes o intermediarios, asumió la dirección de los acontecimientos. No es éste el momento de relatar cómo la perdió, en doble batalla.

La espontaneidad de la acción revolucionaria, la naturalidad con que el pueblo asumió su papel director durante esas jornadas y la eficacia de su lucha, muestran las lagunas de esas ideologías que pretenden dirigir y conducir una revolución. Pero la insuficiencia no es el único peligro de esas construcciones. Ellas engendran escuelas. Los doctores y los intérpretes forman inmediatamente una clerica y una aristocracia, que asumen la dirección de la Historia. Ahora bien, toda dirección tiende fatalmente a corromperse. Los «estados mayores» de la Revolución se transforman con facilidad en orgullosas cerradas burocracias. Los actuales regímenes policíacos hunden sus raíces en la prehistoria de partidos que ayer fueran revolucionarios. Basta una simple vuelta de la Historia para que el antiguo conspirador se convierta en policía, como lo enseña la experiencia soviética. La nueva casta de los Jefes es tan funesta como la de los Príncipes. Ellos prefieren la nueva sociedad totalitaria, que espera en un recodo del tiempo el derrumbe final del mundo burgués. Contra esos peligros sólo hay un remedio: la intervención directa y diaria del pueblo. Informe y fragmentaria, la heroica experiencia del 19 de julio nos enseña que esto no es imposible. El pueblo puede luchar y vencer a sus enemigos sin necesidad de someterse a esas castas que, como una excrecencia, engendra todo organismo colectivo. El pueblo puede salvarse, eliminando en primer término a los salvadores de profesión.

No es ésta la única lección del combate de los pueblos españoles. Quisiera destacar otro rasgo, precioso y original entre todos: la defensa de las culturas y nacionalidades hispánicas. La lucha por la autonomía de Cataluña y Vasconia posee en nuestro tiempo un valor ejemplar y polémico. Contra lo que predicán las modernas supersticiones políticas, la verdadera cultura se alimenta de la fatal y necesaria diversidad de pueblos y regiones. Suprimir esas diferencias es cegar la fuente misma de la cultura. Nada más estéril que ese «orden» que postulan: se trata de una visión parcial del hombre, de una camisa de fuerza que ahogará o de-

(1) El 19 de julio, en un acto conmemorativo del día en que esa fecha entró para siempre en la Historia, celebrado en París, un escritor mexicano: Octavio Paz, leyó estas cuartillas admirables que honran hoy las columnas de CENIT.

gradará la libre espontaneidad de las naciones. Frente a la abstracta «unidad» de los Imperios, los españoles rescataron la noción de la antiección. Esa es la única solución fecunda al problema de las nacionalidades hispánicas, dentro del cuadro de una nueva sociedad. No fué otro el sueño de Bolívar en América. No fué otro el sueño griego. Las grandes épocas son épocas de diálogo. Grecia fué coloquio. El Renacimiento coincide con el esplendor de las repúblicas. Cuando desaparecen las autonomías regionales y nacionales, la cultura se degrada. El arte imperial es siempre arte oficial. Ilustrado o bárbaro, burocrático o financiero, todo imperio tiende a erigir como modelo universal una sola y exclusiva imagen del hombre. El Jefe o la casta dominante aspiran a repetirse en esa imagen. Una sola lengua, un solo señor, una sola verdad, una sola ley. La unidad es el primer paso en el camino de la repetición mecánica. Una misma muerte para todos. Pero la vida es diversidad.

Ante las propagandas que luchan por la «supremacía cultural» de éstos o de aquéllos, nosotros proclamamos que cultura quiere decir espontaneidad creadora, diversidad nacional, libre invención. Afirmamos el genio individual de cada pueblo y el valor irremplazable de cada creador. No creemos en una lengua mundial, sino en la universalidad de las lenguas vivas. No se puede cantar en esperanto. La poesía moderna nace al mismo tiempo que los idiomas modernos. No nos oponemos a que la ciencia, la técnica y las otras formas de la cultura inventen su lenguaje. En realidad así ha ocurrido. Hace muchos siglos que las matemáticas constituyen un lenguaje que entienden todos los especialistas. Y otro tanto sucede con la mayoría de las ciencias. Pero no son los sabios los que quieren borrar las lenguas nacionales, ni son ellos los que desean acabar con las culturas locales. Son los comerciantes y los políticos. Y los servidores de las nuevas abstracciones: los profesionales de la propaganda, los expertos en la llamada educación de las masas. Sólo que no hay masas, hay pueblos.

Afirmar que las diferencias nacionales o regionales deben desaparecer, en provecho de una idea universal del hombre o de las necesidades de la técnica moderna, es uno de los lugares comunes de nuestro tiempo. Muchos de los partidarios de esta idea ignoran que postulan una abstracción. Al imponer a los pueblos y naciones un esquema unilateral del hombre, mutilan al hombre mismo. Porque no hay una sola idea del hombre. Uno de los rasgos específicos de la humanidad consiste, precisamente, en la diversidad de imágenes del hombre que cada pueblo nos entrega. Sólo las sociedades animales son idénticas entre sí. Y en esa pluralidad de concepciones el hombre se reconoce. Gracias a ella es posible afirmar la unidad que hasta ahora ha sido capaz de diferenciarse. El hombre es «los hombres».

La abstracción que los poderes modernos nos proponen no es sino una nueva máscara de una vieja soberbia. El primer gesto del hombre ante su semejante es reducirlo, suprimir las diferencias, abolir esa radical «otredad». Pero el otro resiste. No se resigna a ser espejo. Reconocer, la existencia irreductible del otro, es el principio de la cultura, del diálogo y del amor. Reducirlo a nuestra subjetividad, es iniciar la árida, infinita dialéctica del esclavo y del señor. Porque el esclavo jamás se resigna a ser objeto. La realidad humillada acaba por hacer saltar esas prisiones. Aún en la esfera del pensamiento puro se manifiesta esa tenaz resistencia de la realidad. Machado nos enseñaba que el principio de identidad, sobre el cual se ha edificado nuestra cultura, se rompe los dientes frente a la «otredad» del ser. Acaso en esto radique la insuficiencia de nuestra cultura. Todo imperialismo filosófico o político, se funda en esta fatal y empobrecedora soberbia. No en vano Nietzsche llamó a Parménides: «araña que chupa la sangre del devenir». Y algo semejante ocurre en el mundo de la historia: los Imperios chupan la sangre de los pueblos. La unidad que imponen oculta un horror vacío. No nos dejemos engañar por la grandeza de sus monumentos. La vida ha huido de esas inmensas piedras. Hechos a su imagen, esos monumentos son tumbas.

Resulta escandaloso recordar esas verdades. Vivimos en la época de la «planificación» y de la «guerra total». En ciertas bocas y en ciertos sitios estas frases encubren apenas otros designios. En nombre de la abstracción se pretende reducir al hombre a la pasividad del objeto. Unos utilizan el mito de la Historia, otros el del Progreso. Pero nosotros nos rehusamos a ser mercancías tanto como a convertirnos en instrumentos o herramientas. Sabemos a dónde conducen estos programas: al campo de concentración. Toda concepción mecanicista y utilitaria —así se ampare en la llamada «edificación socialista»— tiende a degradar al hombre. Frente a estos poderes nosotros afirmamos la espontaneidad creadora y revolucionaria de los pueblos y el valor de cada cultura nacional. Y volvemos los ojos hacia el 19 de julio. Allí empezó algo que no morirá. No importa que las circunstancias actuales parezcan más adversas que nunca. Hace dos meses los pueblos españoles mostraron que once años de dictadura clerical y militar no bastan para aniquilar una nación. Las huelgas espontáneas son un signo y un aviso. Los estrategas tienen mala memoria. Cada vez que preparan una función olvidan invitar al personaje que ocupó la escena el 19 de julio. Pero ese personaje no falta nunca. Se presenta sin anunciarse y trastorna la representación. La comedia puede volverse tragedia. No hay director de escena que pueda con el pueblo.

Octavio PAZ

PRELUDIO⁽¹⁾

«En este mundo nuevo de
criados y bribones...»

PAUL REBOUX.



UESTRA época tiene diferentes rostros que disimulan, bajo seductoras apariencias, la más negra hipocresía. No es posible fiar en esos rostros, que reflejan todos una mentalidad de «salvajes», de salvajes civilizados, que es sin duda la más detestable especie de salvajes existente. Rostros de mentiras, de odio, de violencia, de guerra, de crimen, de orgullo, de cólera, de muerte. Rostros de «gangsters», de logreros, de farsantes, de exhibicionistas. Rostros de arrivistas, dispuestos a emplear todos los medios para llegar a sus fines. Rostros de políticos taimados, de dos caras, que pasan del rojo al blanco y del blanco al rojo con sorprendente facilidad. Rostros de plumíferos que mojan su pluma en todos los tinteros para sacarla llena de inmundicias. Rostros podridos de indecisión, que no saben a qué santo encomendarse y reclaman a grito pelado un salvador. Rostros alegres y dilatados de nuevos ricos apopléticos, pustulosos, congestionados, que revientan de indigestión, mientras que nuevos pobres, de pálidos semblantes, enflaquecidos, mueren de hambre y de miseria. Rostros sobrios ante el espectro de la guerra, y que, para evitarla, preparan la «próxima». Rostros que la angustia oprime y que se tiran al agua, como Gribouille, por miedo a mojarse. Rostros de Tartufos que ocultan, bajo buenos sentimientos, criminales intenciones. Rostros de falsos pensadores, de falsos profetas, de falsos apóstoles, de falsos héroes, de falsas apariencias, de falsos devotos, de falsa mala moneda, de falsos hermanos, de falsos amigos, de falsas sonrisas, de falsos jueces, de falsos buenazos, de falsos testigos, de falsos monederos, de falsos aspectos, de falsas evasivas, de falsas marchas, de falsa virtud, de falso honor, de falsa gloria, de todos los géneros de falsedades y de falsarios del corazón y del espíritu.

¡Y cuántos otros que surgen, a lo que salga, de los bajos fondos del infierno social, en la calle, en un lugar público, en el metro, en un templo, en una sala de espectáculo, en un mitin, en todas partes donde el espíritu gregario les acerca, les reúne, les impulsa a familiarizarse, a asociarse, a ligarse, a palabrear y a conspirar de consuno! Se les encuentra en todos los lugares, en todos los medios, en dondequiera que haya que exhibirse, que hacerse ver, que desfilan para pasmar a la asistencia. Desfilan ante nosotros, cada uno con sus manías,

sus resabios, su mentalidad, para formar el más extraño espectáculo de muñecos de feria que jamás se haya visto.

Aquí, allá, acullá, los hay para todos los gustos y todos los disgustos. Rostros de indeseables, acompañados de apretones de manos viscosas y de torvas miradas. Rostros groseros capaces de todas las porquerías y de todas las indelicadezas en cuanto sus solicitudes no son atendidas y hasta cuando se las satisface. Rostros violentos que os provocan y empañan vuestra reputación, creyendo elevarse al rebajaros. Rostros pretenciosos de energúmenos que se imaginan que el mundo comienza y termina con ellos. Rostros de pedantes que os fastidian con sus seniles chocherías y su ciencia mal digerida. Rostros de renegados, para quienes una abjuración más o menos tiene poca importancia. Rostros ansiosos de negociantes que temen perder su dinero o no ganar bastante. Rostros de marrulleros al acecho de todo lo que puede aumentar sus rentas o proporcionarles un «filón». Rostros frescos que se introducen subrepticamente por todas partes y hallan siempre la manera de pasar delante de los que esperan pacientemente su turno. Rostros de barro y de basura que jamás han expresado sino odio. Rostros de vividores, dispuestos a jugaros una mala pasada en cuanto se les presenta una ocasión favorable. Rostros de pedigüños, de sablistas, de embaucadores, que viven a costa de aquellos a quienes explotan. Rostros ásperos de fracasados, agraciados y descontentos por no haber obtenido el puesto que deseaban o la condecoración que esperaban como premio de sus bajezas.

Y otros y otros aún, que acuden de todas partes, con máscaras diferentes. Rostros de filántropos que dan limosna con el dinero que han robado. Rostros de predicadores que aconsejan el renunciamento a los bienes de este mundo, a los que ellos no han renunciado. Rostros de moralistas que se guardan muy bien de poner en práctica los preceptos cuya observancia recomiendan a las víctimas de sus trapacerías, y cuya moral reside en la fórmula: «Haced lo que os digo; no hagáis lo que hago». Rostros de una falsa «élite» que juega doble y triple juego. Rostros de escritores hábiles en servir a todos los dioses y contentar a todos los públicos. Rostros de falsos artistas, alistados al servicio de un partido. Rostros miopes de impotentes que se arrojan el derecho de condenar una obra según su propia nulidad. Rostros «snobs» que aplauden lo que no comprenden, para dar la impresión de ser gente enterada. Rostros de «filistinos» a quienes una obra maestra asusta y turba y a quienes una obra sin mérito alguno seduce. Rostros neutros, sin opinión personal. Rostros alelados, vacíos de ideas y de emoción. Rostros embrutecidos por el alcohol o el libertinaje, a los que ninguna luz de ideal ilumina-

(1) Del último libro de nuestro compañero Gerard de Lacaze-Duthiers: «Visages de ce temps», como suyo de un interés excepcional, ofrecemos a nuestros lectores el «Prélude», página en que la forma y el fondo alcanzan valor perdurable.

rá jamás. Rostros de «queridos cofrades» o de «queridos colegas» que os hacen buena cara por delante y os calumnian por detrás. Rostros de «queridos maestros» fosilizados y estereotipados, de los cuales sólo pueden esperarse promesas vagas o agua bendita de corte. Rostros solapados de críticos, esos seudojueces del arte, que nos hacen entrever el oro y el moro tendiendo la mano para recibir su propina. Rostros afectados de cualquier titular de una rúbrica de periodicucho o de folletón de un gran diario. Rostros de vividores de las letras, que se pavonean sobre los tinglados en que su mediocridad les ha alzado (uno se ha elevado gracias a las mujeres, otro gracias a la política, otro gracias a medios menos confesables aún), velando celosamente para que nadie franquee el umbral del coto cerrado en que operan, defendiendo su biftec, ¡y de qué manera! Rostros de educadores que, no teniendo nada en el cerebro, llenan el de los otros con vacío. Rostros de pedantes, imbuidos de ciencia infusa que inculcan a discípulos suficientemente cándidos para creerles. Rostros severos de maestrillos machacando rutinariamente, a lo largo del día, las lecciones aprendidas de memoria en los manuales que sus maestros les han legado. Rostros de pedagogos estreñidos que pretenden hallarse en posesión de la verdad. Rostros de sectarios que no toleran contradicción. Rostros de fanáticos cuyo supremo argumento consiste en ponerlos cara a la pared sin formación de causa. Rostros partidarios que no quieren saber nada de nada, puesto que escogieron su sedé por adelantado cada vez que se trata de raciocinar. Rostros de propagandistas de todo género que hacen más ruido que trabajo. Rostros de solemnes nulidades que lanzan, desde lo alto de sus cátedras, bulas de excomunión y condenaciones en regla contra quienes no comulgan con sus errores. Rostros de tiranos llenos de confianza en sí mismos y que hacen de matamoros propagando entre la multitud «slogans» mentirosos. Rostros de pequeños y de grandes dictadores, cuyo autoritarismo causa la desgracia de los que les escuchan. Rostros quidam que poseen una parcela de autoridad y os lo hacen sentir duramente. Rostros de policías, de jueces, de gendarmes, que detienen y condenan a todos aquellos que les son antipáticos. Rostros de soplones, juramentados o no, fácilmente reconocibles cualquiera que sea el disfraz con que se cubran (un soplón se siente, se ve, se adivina; a esos «minus habens» les es imposible disimular su verdadera identidad). Rostros de funcionarios atacados de deformación profesional, que les hace cometer las peores meteduras de pata. Rostros de administradores que declinan toda responsabilidad cuando la suya está en causa, y que os piden cuentas cuando deberían dároselas. Rostros de financieros jugando con las cifras y entre-gándose a especulaciones que arruinan a los pueblos. Rostros de hombres de negocios que, tomando en mano vuestros intereses, comienzan reclamándoos para, finalmente, abandonaros. Rostros de diplomáticos sentados alrededor de un tapete verde, fumando cigarro tras cigarro y decidiendo del destino de los pueblos a la hora de los postres. Rostros odiosos de los que mandan, dirigen, legislan, ordenan, ejecutan, y que no se pueden mirar sin reír y alzar los hombros. ¡Y cuántos otros rostros que ensucian la faz de la vida y deshonoran el planeta que les ha visto nacer!

Acuden de todos los puntos del horizonte, cual

ejército de bárbaros que aumenta sin cesar, invadiendo la tierra entera. Unos siguiendo el movimiento y perdiendo el poco juicio que poseían para hacer como todo el mundo, otros dando el ejemplo y singularizándose. Todos son buenos para ser metidos en el mismo saco, esclavos y dueños, explotadores y explotados, ricos y pobres, víctimas de idénticas pasiones y de los mismos vicios. Rostros de indecentes dispuestos a denunciaros a quien correspondiera por delitos imaginarios, a fin de quitáros vuestro puesto. Rostros golfos que se encargan de suprimiros en un santiamén del mundo de los vivos. Rostros de patriotas de a perra chica, cuyo patriotismo consiste en robar y asesinar a sus conciudadanos. Rostros de verdugos, cuyo sadismo propaga el terror en torno suyo. Rostros de «cagouards» hábilmente disimulados tras no importa qué. Rostros de chulos, con gorra o con frac, cuya culpable industria prospera cada día más, fomentada por los mismos que dicen combatirla. Rostros de prostituidos de los dos sexos, del cuerpo y del espíritu, dispuestos a venderse al mejor postor. Rostros de cortesanas de tramposa sonrisa, que os hacen pagar caros los besos que os dan. Rostros de bandidos, de patibularia traza, que sería peligroso encontrar en el fondo de un bosque. Rostros de charlatanes que os venden drogas corrompidas. Rostros de ilusionistas que os engatusan prediciéndoos el porvenir. Rostros de cadáveres ambulantes, de muertos vivos de gestos afectados y ojos vacíos. Rostros de locos, de medio locos, aun más peligrosos, de energúmenos de todas clases, tocados de manía exhibicionista, de agitados y enervados presa de delirios diferentes. Rostros de amorosos transidos que envían al otro mundo a la compañera o al compañero a quien suponen infiel. Rostros de títeres, de polichinelas, de fantoches, que aparecen y desaparecen a capricho de las circunstancias. Rostros de un rebaño humano muy por bajo de los animales, cuyas cualidades no posee.

Y otros aún, igualmente viles y despreciables. Rostros de jactanciosos que, si hemos de creer lo que de sí mismos dicen, son genios o superhombres. Rostros de charlatanes, que discuten sin fin de temas sin interés. Rostros de pelmazos que no os sueltan ni por un momento, informándoos en detalle de todo cuanto hacen y que a nadie interesa. Rostros que os miran fijamente, con insolencia, creyendo intimidaros con su locuacidad y los chismes que os cuentan. Rostros de hiel y de miel que no se atreven a miraros cara a cara y ocultan los más negros designios. Rostros de aduladores, que no son los menos de temer, y cuyos cumplidos son censuras disfrazadas. Rostros de chantajistas que tratan de sacaros dinero amenazando fulminaros. Rostros arrogantes, llenos de desdén y de suficiencia, de advenedizos que las circunstancias o sus bribonadas han enriquecido. Rostros de envidiosos, de celosos, que codician vuestros bienes y que, para obtenerlos, os calumnian. Rostros de perfectos cretinos que creen se les debe todo. Rostros de ambiciosos, pestilentes de vanidad. Rostros beatos de burgueses, que piensan bajunamente y muestrotransingular prudencia frente a lo que transporna sus hábitos y altera su digestión. Rostros de mundanos esclavos de la etiqueta y respetuosos de todo convencionalismo. Rostros de proletarios que sólo sueñan en aumentos de salario y de «reposos» en la taberna. Rostros de tribunos de reunión pública, hábiles en el arte de hacerse aplaudir haciendo

grandes gestos y pronunciando palabras altisonantes. Rostros de revolucionarios borrachos de sangre y de matanza, que no retroceden ante ningún crimen para satisfacer sus pasiones. Rostros huraños de huelguistas en procesión por las calles, y entregándose a manifestaciones ruidosas que no conducen a nada. Rostros de pacifistas ora sanguinarios, que pretenden defender la paz «con las armas en la mano», ora gemidores que se amilanan cuando llega el momento de probar que sus convicciones eran sinceras. Rostros de guerreros de gabinete, que envían a los demás a hacerse matar en su lugar y que mueren tranquilamente en la cama. Rostros de militares tan orgullosos de sus galones como de sus locas queridas, los cuales exigen que se les prodiguen signos exteriores de respeto cuando son incapaces de respetarse a sí mismos. Rostros de heridos de guerra, horriblemente mutilados, víctimas de tics nerviosos y que, no habiendo sufrido bastante, sólo tienen una idea en la cabeza: comenzar de nuevo. Rostros de «gueules cassées», impacientes por romper otras, cosa que no contribuirá en manera alguna a remendar las suyas. Rostros de madres conejas, provistas de grueso vientre que pasean ostensiblemente, poniendo crios como una gallina pone huevos, y obteniendo de esta inconsciente maternidad, muy consciente de sus intereses, ventajas apreciables. Rostros de parásitos que la sociedad mantiene a cuenta del Estado para establecer un poco más sólidamente su dominación sobre los espíritus. Rostros de aprovechadores al acecho de todos los chanchullos en cuanto se trata de obtener algún provecho. ¡Y cuántas otras «ejusdem farinae», formadas con el mismo molde y saliendo de la misma fábrica!

Todos esos rostros se detestan y no se fían unos de otros. Todos son de la misma familia, aunque no tengan intereses comunes. Todos adoptan actitudes de encargo y se componen una fisonomía. Todos son respetuosos del orden y de la autoridad, protectores de la viuda y del huérfano, y defensores de los grandes principios. Y son todos adeptos de una religión o adherentes a un partido. Todos hacen muecas, rechinan los dientes, babean y escupen injurias. Todos tratan de hacerse pasar por mejores de lo que son, afectando maneras corteses y ocultando, bajo altisonantes palabras, las más sucias combinaciones. Todos se contradicen, puesto que su conducta no está de acuerdo con sus teorías. Todos están ávidos de gozar, no teniendo otro ideal que el de llenarse la tripa y la cartera. No coinciden ni se unen más que para cerrar el paso a la justicia y a la verdad. Rostros de hombres y de mujeres arrastrados por el mismo torbellino, tomando parte en la misma danza macabra. Todos esos rostros se completan, se compenetran, cabalgan unos sobre otros, forman parte de la misma banda. Adaptados todos, imbuidos de prejuicios y prendados de tradiciones, encostrados en sus rutinas. Masa amorfa que se atiborra, digiere, eructa, fornicia, sin preocuparse de otra cosa, que nada ha aprendido, nada ha comprendido, y que es como un peso muerto, como un grillete que la Humanidad arrastra tras sí y que entorpece su marcha hacia adelante.

Los hay que, aun siendo menos culpables, no dejan de ser un claro exponente de la indignidad de una época única entre todas. Rostros de los que, no habiendo sido suficientemente fuertes para reaccionar, se han dejado dominar por los acontecimientos,

contribuyendo con su indiferencia a perpetuar los males de que se quejan. Rostros de personas llenas de buenos sentimientos, cierto, pero que flaquean cuando se les pone entre la espada y la pared. No poseen la fe necesaria para defender sus opiniones, ni el coraje de afrontar la opinión. Naufragos en el océano de la vida, vagan como almas en pena de una a otra orilla, sacudidos de un lado a otro o estrellándose lastimosamente en el primer escollo con que tropiezan. Rostros de mendigos astutos como ellos solos y bebiendo como cuatro. Rostros de desdichados que están a cargo de la comunidad y que se prestan, en cambio, a todas las faenas que sus bienhechores exigen de ellos. Rostros de pordioseros, de desarrapados, de piojosos, de menesterosos, de indigentes, que se acostumbran a su género de vida sin intentar salir del bache en que las circunstancias o el azar les han hundido.

Hay rostros que mueven a compasión, a los que se perdona, porque han sido víctimas de la educación, de la familia, del medio ambiente. Rostros de ascetas que se mortifican para ganar el cielo y expiar sus pecados. Rostros de pobres gentes, en mala hora nacidas, a quienes la existencia ha lastimado. Rostros caídos—sea o no por su culpa—en lo más bajo de la escala social. Rostros de lisiados, nacidos en una sociedad podrida, que les ha transmitido sus taras. Rostros de ciegos condenados a desaparecer sin haber visto jamás la luz del día o, lo que es peor, habiendo conocido su alegría (y su tristeza). Rostros de ancianos, en el umbral de la tumba, tras una existencia bien o mal empleada, que viven de privaciones y de mendicidad. Rostros famélicos de pequeños rentistas preguntándose qué podrían hacer para juntar los dos cabos. Rostros miserables de niños procreados en la inmundicia, abandonados a sí mismos, destinados a ser carne de cañón o de placer. Rostros demacrados de pobres diablos tendiendo la mano en las puertas de las iglesias o en los corredores del Metro. Rostros exangües de vírgenes que no han conocido el amor y que no lo conocerán jamás. Rostros de fiebre, rostros de dolor, rostros de cuaresma. Rostros atormentados, presa de obsesiones, atestiguando la infamia de una época en que la guerra y el dinero van de consuno para poblar el mundo de miserables. Rostros que llevan en sí todos los estigmas de la muerte, cuyos días están contados, y que morirán sin haber vivido. Toda una pobre humanidad herida, vencida y torturada, viviendo una vida miserable, agarrada a cualquier creencia que la sostiene en sus tribulaciones.

Por fortuna, hay otros rostros. Hay rostros humanos frente a los que nada tienen de humano. Hay bellos y queridos rostros, a los que da gusto contemplar, cuya presencia tranquiliza y nos hace la vida soportable. Sin esos rostros, ¿qué sería de nosotros? Los he encontrado entre la multitud anónima. Son pocos, no abundan, no hacen ruido, se manifiestan discretamente. Son rostros de amor, de paz y de dulzura. Rostros sonrientes de mujeres que se inclinan sobre los enfermos, y que hacen más, para curarlos, que todas las especialidades farmacéuticas. Rostros de los que, queriendo ser mejores, se consagran a cualquier noble causa. Rostro surcado de arrugas del pensador que medita en torno a los grandes problemas del destino humano. Rostro del escritor que se esfuerza en depositar sobre la blanca página la idea que ha madurado en él durante mucho tiempo. Rostro del artista que

expresa en su obra lo mejor de sí mismo. Rostro del sabio que se esfuerza por arrancar a la Naturaleza sus secretos para hacerlos contribuir al bienestar de la Humanidad. Rostros de hombres de acción que han renunciado a mentir a las multitudes para ilustrarlas y guiarlas. Rostros de humildes artesanos, realizando su tarea con amor. Rostros sin segundas intenciones, respirando franqueza y que inspiran simpatía. Rostros de rasgos pacíficos, en los que se puede tener confianza, porque jamás nos traicionarán. Rostros de héroes del verbo y de la idea—¡de verdaderos héroes!—, que combaten la iniquidad sin pretender obtener ningún provecho. Rostros cuya serenidad refleja los nobles sentimientos y las altas virtudes. Rostros de humildes criaturas que hacen el bien en torno a sí, con la satisfacción del deber cumplido. Rostros de objetores de conciencia—jesos mártires de la paz, cristianos o librepensadores!—, que prefieren expiar toda su vida el crimen de no haber querido matar antes que endosar una librea de asesino. Rostro de la amada—o del amado—que comparte vuestros trabajos, vuestras alegrías y vuestras penas. Rostros de los que poseen suficiente firmeza de carácter y dominio de sí para guiarse sin ayuda de las leyes y de la autoridad. Rostros de una «élite» de hombres libres que no forman parte de ningún grupo o agrupación, de ningún rebaño, de ninguna camarilla, de ninguna capilla, de ninguna facción, de ningún partido, de ningún ejército. Rostros simpáticos, afectuosos y fraternales, que os consuelan de los otros. ¡Rostros de belleza, rostros de bondad, rostros de fraternidad!

Esos rostros son como una escampada en un cielo de tempestad. Atenuan con su presencia la negrura del cuadro que hemos intentado esbozar en este libro. Son como un rayo de luz que se filtra a través de las tinieblas. Nos hacen olvidar por un instante la infame comedia que representa en el primer plano de este cuadro una Humanidad sin alma.

Buenos y malos rostros son los dos aspectos de un mundo dividido entre el bien y el mal, el vicio y la virtud, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, vocablos que no tienen para nosotros el sentido que la moral corriente les atribuye habitualmente, sino un sentido completamente distinto.

En este mundo en que todo huelga, excepto la necesidad, en que nada es estable ni duradero salvo la mentira y la fealdad, nada debe extrañarnos. Todo en él es, a la vez, lógico e ilógico. Todo en él son contradicciones, incoherencias, anomalías. Todo ofende el buen sentido y la razón. Se asiste en nuestros días a la extraña paradoja de gentes que predicán la paz y se aprestan a partir para la guerra con una flor en el fusil. Se ve a socialistas plagados, como el infierno, de buenas intenciones, y que en realidad no las tienen sino malas. Se oye a revolucionarios pronunciar a cada instante la palabra libertad, y no designando con ella sino lo contrario. Al mismo tiempo en que se ve a buenas gentes esforzándose por combatir la miseria, los cuchitriles, las enfermedades, las catástrofes de todo género, se nos amenaza con una guerra exterminadora, química y bacteriológica, a la par que atómica. Al mismo tiempo en que cada individuo

podría comer hasta la saciedad, sólo los privilegiados de la fortuna pueden ofrecerse el lujo de una comida substancial. En esta morada al revés que es la sociedad actual, en la que nadie está situado en el lugar que le corresponde y cada cual hace lo que le da la gana, todo es desorden. Nadie sabe cómo salir del paso. Sólo se confía en un milagro. La vida se complica cada vez más. Una «mafia» de indeseables se encarga de enredar y embrollar las cosas. El desorden se llama orden; la iniquidad, justicia; la mentira, verdad, y la fealdad, belleza. El vicio suple a la virtud, la virtud pasa por un vicio. No se sabe ya a quién creer ni qué creer. De los verdaderos valores espirituales que realzan la existencia, todo es falseado, desfigurado, desnaturalizado, adulterado. Permanecemos estancados, nos agitamos, reculamos, damos vueltas a la noria, sin avanzar de un solo paso—entre tantos falsos pasos como damos—en la senda del progreso moral. Entonces es cuando resulta agradable volver la mirada hacia una Humanidad superior cuyo semblante noble y puro refleja las más altas aspiraciones.

* * *

En este mundo de corrupción y de muerte, donde se vaga entre fantasmas que, a la inversa de los fantasmas ordinarios, no son inofensivos, sino que están llenos de astucia y de perfidia, y que son capaces de las peores traiciones, nada está hecho para alentarnos a vivir. Parece que todo lo que se ha escrito, dicho o intentado para sacar de su letargo a la masa amorfa ha sido en vano.

Y uno se pregunta si no valdría más abandonar la lucha en presencia de tantos males, en su mayoría incurables. Es una situación que favorece plenamente a los filósofos de la desesperación. El pesimismo se justifica. La morriña tiene su razón de ser. Cuando se comprueba el resultado que todos los esfuerzos han dado, se es escéptico. ¡Tantas palabras generosas, tantos gestos sinceros, tanta abnegación y sacrificio, de parte de una «élite», para comenzar de nuevo!

No hemos querido evocar, en las páginas de este libro, más que los malos rostros de este tiempo, observados con rigor en sus rasgos esenciales. Esos rostros de una época en que la técnica ha dejado atrás todas las previsiones, poniendo en manos del hombre el instrumento de su felicidad y de su desgracia, su salvación y su perdición a la vez, merecen que se les desenmascare. Hay que atreverse a mirarlos cara a cara. Hay que vencer el disgusto que produce la contemplación de tales monstruos. Aparentar ignorarlos sería aprobar sus arrumacos y hacerse cómplice de ellos.

El mundo actual está enfermo, «condenado». Otro mundo debe sustituirlo, con otros rostros. Comencemos por limpiar el terreno sobre el que esperamos construir una sociedad menos imperfecta. Arranquemos la mala hierba que amenaza invadirlo todo, saneemos la atmósfera, y, sobre este mundo en ruinas, tratemos de edificar un mundo mejor en el que pueda vivirse.

Gérard de LACAZE DUTHIERS

..

CRITICA MIOPE



ON Ramón estaba loco.

Su hermano, al presentarle en el manicomio, dijo los síntomas de la enfermedad. Don Ramón lloraba y pegaba.

Un hombre que llora y pega es siempre molesto. Si llora y pide algo, se le huye; si llora y no pide, se le compadece y se le encierra por loco.

Si pega, y explica por qué pegó, se le asciende, si es autoridad, o se le procesa, si no lo es; pero si pega, y no explica sus agresiones, se le compadece y se le encierra por loco.

Don Ramón lloraba, pegaba, y no daba explicaciones de su conducta. Las gentes se compadecieron de él, y la familia lo encerró en un manicomio. ¡Y era lástima! Porque todos convinieron en que Don Ramón, no pegando ni llorando, era un hombre muy sabio y muy listo. ¡Como que nadie lo entendía!

Don Ramón fué al manicomio y las gentes y la familia se tranquilizaron.

Afortunadamente hay manicomios para la tranquilidad de las gentes timoratas; y afortunadamente, hay locos para bienestar de los manicomios; y si, en este siglo, procuramos que no falten locos ni manicomios, habremos merecido el aplauso de las generaciones futuras.

El manicomio como el presidio son hechuras sociales, y reflejan la necia soberbia de su autor. La sociedad tiene el tenaz capricho de dejar huellas, y poco le importa que su justicia, su religión y sus enseñanzas sean como fueren: lo más importante es que dejen huella. La enseñanza no se verifica sino por el título de profesional: enseñanza mala, pero huella eterna; la religión tiene sus sacramentos para dejar huella aunque no deje fe; y la justicia tiene el presidio donde el criminal no se purifica por medio de la pena, sino que sigue para siempre impuro. Las sociedades han querido imitar la eternidad de la muerte. Salir del presidio como salir del manicomio son resurrecciones incompletas que soporta una sociedad por el pudor suficiente para no enterrar a sus víctimas.

El manicomio produce una defunción provisional que se convierte en definitiva (por la parálisis) dentro de la casa de salud (?); y por el recelo al enfermo, si éste llega a verse libre.

Pedir al presidio el equilibrio moral, y pedir al manicomio el equilibrio mental, son dos majaderías: no pueden hacerlo; y si lo hiciesen, sería inútil su labor, porque las sociedades, repletas de vulgo, condenan a eterna infamia y a eterna locura. Se creen hechura de Dios, y quieren imitar a su padre: hagamos algo eterno aunque sea mal.

El manicomio satisface esta aspiración de la sociedad y de la familia, y no cura al enfermo; casi garantiza la eternidad morbosa y la eternidad patológica; y el heredero hereda tácitamente cuando el causante ingresa en un manicomio. La devolución de esa herencia (de hecho) sería dolorosa para el usufructuario que espera la propiedad nuda, y para el manicomio que perdería un clien-

te y se desacreditaría ante los heredipetas. Y el manicomio cuida a los dementes para que vivan mucho, paguen mucho, y no curen jamás. Y, sobre todo, cuida de que no se maten y se volteen para evitar la intrusión de la justicia, porque entonces...

—¿Pero esto es un cuento, o un sermón?

—Calma, lector mío: ya leyó usted que en este escrito se hablaba de locos, y en él no debía usted buscar nada razonable. Y, si persiste en buscarlo, será usted un demente, y aquí terminará mi cuento; porque es claro que siendo yo loco no escriba para los enajenados, sino para las personas que puedan darme la razón. ¿Dónde estábamos?

—En el momento que llegaba la justicia.

—Pues vámonos a otra parte.

Los locos acababan de cenar acompañados del director; del médico, del capellán y de los altos funcionarios del manicomio; y cada cual se fué donde más le agradaba. A los dementes que pagan bien se los vigila, pero no se les contradice.

Don Ramón se marchó a la huerta. Empezó paseándose de prisa; después se paseó despacio; después, parándose a menudo; y, al fin, fué a sentarse. Continuamente buscó en los bolsillos de su ropa, pero no halló lo que buscaba, porque siguió rebuscando.

Los asientos próximos estaban llenos de locos; y como Don Ramón viese que en un banco sólo había un sitio ocupado, se sentó allí.

—Buenas noches, señor director.

—Pronto me ha conocido usted.

—Ayer tuve el gusto de saludarle, cuando asistía a la visita; y hoy he visto a usted a las horas de comer.

—¿Está usted satisfecho de la comida?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted capricho por algún plato especial?

—No, señor; no soy glotón.

—¿Qué busca usted en los bolsillos?

—Que se me ha concluido el tabaco.

—No fume usted; yo tampoco fumo.

—Eso no es un argumento sólido.

—Pues bien, no fume usted porque le perjudica.

—¿Quién me lo asegura?

—Yo.

—Es una opinión respetable que sanciona usted con el ejemplo.

—¿Y si yo fumase?

—La opinión seguiría siendo buena o mala, pero usted no debería imponérmela.

—Quizá tenga usted razón.

—Quizá no la tenga usted para dudar.

—¿Le molesta a usted la duda?

—La ajena, no; la propia, sí.

—¿Quiere usted explicarse?

—Mientras el prójimo dude no ha de molestarme, porque estaría dudando si me ha de molestar.

—El que condena sin pruebas...

—Dudará del acto penable, pero no duda de que debe castigar.

—Filosofa usted, Don Ramón.

—Es posible. En cambio la duda propia es insoportable.

—¿Duda usted?

—De todo.

—Pero no dudará usted de la existencia de las cosas.

—¿Si dudo de lo que es existir!

—No dudará usted de que estamos hablando.

—Acaso esté hablando yo solo.

El director hizo un gesto de disgusto.

—No dudará usted de Dios.

—No.

—Porque está presente en todas las grandezas de la tierra y en todas las grandezas de esos astros que ahora mismo podemos contemplar.

—No es por eso. Yo no veo la grandeza de Dios en ninguna parte visible.

—¿Le parece a usted poco grande esa hermosa estrella que se llama Sirio?

—¡Ba! Es cien mil veces mayor y más brillante aquella.

—¿Cuál?

—Aquella. Allí, al oriente de Casiopea.

—¿Allí? Si son unas estrellas diminutas...

—La que yo señalo no la ve usted, porque usted no ve más allá de sus narices. Es un millón de veces más pequeña que esas que usted apenas percibe; y, sin embargo, es cien mil veces mayor y más brillante que Sirio.

—Sí, ¿eh?

—Pero está muy lejos, y ustedes no ven a lo lejos. Les parece a ustedes muy grande el emperador de hoy, porque está al lado de ustedes; y es mucho mayor la revolución que le destrona, la revolución que existía sin hacerseles perceptible y que después les pareció diminuta, y después colosal cuando veían ya sobre el horizonte una restauración gigantesca. Para ustedes es grande lo que está cerca y es insignificante lo que está lejos. Les

parece a ustedes grande su Dios, que es el autor de lo que tienen inmediato, y es más grande el Dios mío, el autor de las inmensidades lejanas. Ayer, cuando vine a esta casa, me creyó usted un demente vulgar; hace un instante, al venir aquí, me creyó un loco discutible; y ahora, al acercarme a usted, me cree un loco extraordinario. Pues bien, yo creí ayer que podría usted ser un alienista; al empezar nuestra conversación vi que era usted un médico vulgar, y ahora me parece usted un majadero.

Y Don Ramón volvió la espalda, y se marchó hacia el edificio.

Pero en la puerta hallóse con el capellán, que había tomado su café después de marcharse los locos—para no producir mal ejemplo—y salía dando las primeras chupadas a un cigarro puro, delicadamente sostenido entre los dedos de la mano izquierda.

—Deme usted ese cigarro.

—¿Por qué?

—¡Que me lo dé usted!

—Le hará daño.

Don Ramón cogió la mano del cura, oprimió la muñeca, se apoderó del cigarro, se lo colocó entre los dientes, y murmuró:

—Y ahora, me iré lejos: allí no me verán estas gentes.

El doctor que había seguido al loco, se encontró con el capellán.

—¿Que le pasa a usted?

—Ese Don Ramón...

—Acaba de marcharse. Ha estado haciéndome ver las estrellas.

—Y a mí también—respondió el cura.

Y con la mano de fumar acarició la mano de bendecir.

Silverio LANZA



MAS IDEAS SOBRE LA CULTURA

I



A cultura, ¿es la misma cosa que la inteligencia? Seguramente no. La cultura supone la inteligencia, más exactamente, cierta inteligencia. No consiste en la inteligencia. Es otra cosa. A la vez más y menos.

Se sabe la definición que, en un discurso a la juventud, Edouard Herriot dió un día de la cultura: «La cultura es lo que os queda en el espíritu cuando lo habéis olvidado todo.» Esta definición tiene el mérito de poner de relieve un rasgo esencial de la cultura. «La cultura es algo que reside en lo inconsciente de nuestro espíritu». Es algo que ha existido ante todo en nuestra conciencia, cuando estábamos en los bancos del colegio, cuando «aprendíamos», y que ha entrado después en la región en cierto modo automática de nuestro ser. Es algo que forma parte, me atrevería a decir, de nuestros reflejos, como los movimientos de la respiración, de la digestión y de la locomoción.

En otros términos, la cultura supone que tenemos la facultad de aprender—de comprender—, es decir, la inteligencia. Pero si no rebasamos esa facultad, si no le añadimos la de asimilar nuestra experiencia y transformarla en una especie de fondo que constituye parte integrante de nosotros mismos y en el cual, por decirlo así, no pensamos ya, tanto y tan bien constituye parte de nosotros mismos, no tenemos cultura. De ahí viene que ciertas personas habrán pasado su vida en ejercitar su inteligencia, podrán haber llegado a enterarse de las últimas teorías moleculares, a comprender las doctrinas sociales más complicadas y sin embargo no tienen cultura. Este fenómeno se observa muy particularmente en los autodidactas, porque se ponen en general a adquirir sus conocimientos cuando la primera juventud ha pasado, edad más allá de la cual la entrada de nuestras adquisiciones en el dominio de lo inconsciente llega a ser muy difícil, por no decir imposible. Todo el mundo convenirá que el que no se ha hecho de cultura en sus primeros años está bien amenazado de no tenerla jamás. No se pretenderá, claro está, que carezca necesariamente por eso de inteligencia.

La cultura es una especie de mobiliario fundamental de nuestro espíritu. Consiste menos en un conjunto de conocimientos precisos que en una suerte de atmósfera general del espíritu, diría de buena gana en una suerte de clima espiritual. Los medios donde hay cultura me hacen el efecto de habitaciones donde «huele bien». Diría de buena gana aún, reanudando la frase de Clitandro, que la cultura consiste en tener «luces de todo». Resulta de ahí que especialistas muy inteligentes, aun geniales en su especialidad, pero no conociendo sino ésta, no tienen cultura. Se puede ser el primero al salir de la Escuela Politécnica o haber hecho descubrimientos que trastornen nuestras ideas sobre los alcaloides y no te-

ner cultura. Recíprocamente, se puede ser un hombre instruido y estar desprovisto de ciertas inteligencias especiales, de la inteligencia matemática, comercial. Los ejemplos llueven.

Julien BENDA

II

La distinción entre civilización y cultura ha llegado a ser popular desde Spengler, pero no es él quien la ha descubierto y formulado. Los franceses, por ejemplo, prefieren la palabra civilización, con la cual designan la cultura, mientras que los alemanes prefieren la palabra cultura. Los rusos empleaban antaño la palabra civilización, pero desde comienzos del siglo XX sus preferencias van a la palabra cultura. Sin embargo, los eslavófilos, K. Leontiev, Dostoievski y otros veían ya muy bien la diferencia entre la civilización y la cultura. El error de Spengler consistió en que veía en la civilización y la cultura una simple sucesión cronológica, cada una de ellas perteneciendo en propio a una época definida. Ahora bien, la civilización y la cultura coexistieron siempre, aunque, en cierto sentido, la civilización sea más antigua y más primitiva que la cultura, que no habría nacido sino más tarde. La invención, por los hombres primitivos, de herramientas técnicas rudimentarias es un hecho de civilización, como es un hecho de civilización todo proceso de socialización. La palabra «civilización», por sus orígenes latinos («civés»), hace ya resaltar el carácter social del proceso designado más bien social y colectivo, y por cultura el proceso más bien individual y extendiéndose en profundidad. Decimos, por ejemplo, que tal hombre posee una alta cultura, pero no podemos decir que posee una alta civilización. Hablamos de cultura espiritual, y no de civilización espiritual. La civilización corresponde a un mayor grado de objetivación y de socialización, la cultura es asociada a la idea de personalidad y de espíritu. Se designa por cultura la elaboración de materiales por un acto de espíritu, una victoria de la forma sobre la materia. Se liga más a la actividad creadora del hombre. Es preciso, sin embargo, reconocer que, como todas las distinciones fundadas sobre una clasificación, la distinción entre civilización y cultura es enteramente relativa. Se llama época de civilización por excelencia la época en que la técnica y las masas representan un papel predominante. Es lo que se dice de nuestra época. Pero la cultura existe aun en las épocas de la civilización, como la civilización existe aun en las épocas de cultura. La técnica, extendiéndose a la vida entera, produce sobre la cultura un efecto destructor, la despersonaliza. Pero se encuentran siempre, en esas épocas, elementos para protestar contra la marcha victoriosa de la civilización técnica. Tal fué el papel de los

románticos. La cultura es a menudo obra de creadores de genio; pero existe un medio cultural, una tradición cultural, una atmósfera cultural que nacen, exactamente como la civilización, de la simple imitación. El hombre muy cultivado de cierto estilo expresa sobre todas las cosas opiniones medias, opiniones de grupo, opiniones que ha adoptado por imitación, aunque el medio que él imite esté constituido por una minoría selecta cultivada, por un grupo escogido. El estilo es siempre a base de imitación, de tradición; puede, por su formación, ser original desde el punto de vista social, sin serlo desde el punto de vista individual. El genio no ha logrado jamás mantenerse en el cuadro de la cultura, la cual ha, por el contrario, tratado siempre de transformarle de animal salvaje en animal doméstico. No es solamente el bárbaro el que sucumbe a la civilización, sino también el genio. El acto de creación, que es un acto indisciplinado y bárbaro, se objetiva y se transforma en cultura. Esta ocupa una plaza intermedia entre la naturaleza y la técnica, y se halla a menudo sofocada entre esas dos fuerzas. Pero en el mundo objetivado la totalidad y la armonía no existen jamás. Hay más bien un conflicto eterno entre los valores de la cultura y los de la sociedad y del Estado. Lo cierto es que la sociedad y el Estado han manifestado siempre una tendencia al totalitarismo, han hecho siempre pedidos a los creadores de la cultura y han utilizado siempre sus servicios. A los creadores de la cultura les ha costado siempre mucho trabajo defender su libertad, pero podían hacerlo más fácilmente en una sociedad poco unificada, poco diferenciada. Los valores de un orden inferior, como el Estado, han tratado siempre de subordinar los valores de un orden superior, aquellos, por ejemplo, que representan la vida espiritual, el conocimiento, el arte.

Nicolas BERDIAEFF

III

La cultura designa el esfuerzo del hombre hacia lo que cree la perfección. Hubo una cultura espartana cuyo fin es el héroe y una cultura cristiana cuyo fin es el santo. En cuanto a nosotros, tal vez entendemos ante todo por cultura el pensamiento no bárbaro, no afirmando ya de una manera demasiado simplista su relación con el universo y no negando ya de una manera demasiado ingenua su relación con la persona. Nietzsche y Zaratustra que danza.

Pero la palabra cultura expresa también algo completamente diferente. Cierta relación que la colectividad impone a sus miembros. Un uniforme que les hace ponerse. Y no se trata tanto de impulsar al individuo a lo más alto de sus facultades como de integrarle a cierto grupo. La primera función de la cultura es suministrar contraseñas. Supone que se conoce cierto conjunto de signos. Y, por ejemplo, un buen mecánico no será instruido por el hecho de que es un buen mecánico. Es preciso además que sepa que Francisco I ha dicho: «Todo se ha perdido menos el honor», porque el objeto de la cultura es menos instruir que clasificar.

Por eso se llama cultura general y también hu-

manidades a un lote de conocimientos especiales. El latín. Es evidentemente ridículo pensar que sólo la versión latina puede desenvolver las facultades del niño. Pero la burguesía, que después de la Iglesia se ha hecho depositaria del latín, llega a creerlo y aun a hacer que se crea. Se sirve para este fin de sofismas muy toscos. Ora se dice que el latín es el único instrumento cultural verdaderamente valioso porque es inútil, ora se dice que es ese mismo instrumento porque es útil y favorece el estudio de las lenguas vivas. Creen haber justificado el latín cuando han mostrado que el latín puede además servir para algo, como si todo estudio no sirviera a un niño cuya inteligencia busca su alimento... Sin insistir más, me basta, por el instante, notar que hay en la «cultura general» conocimientos privilegiados y otros que no lo son. En globo, las ciencias no forman parte de la cultura general, ni seguramente las técnicas. Un niño generalmente instruido puede ignorar lo que es un gasómetro con tal que sepa quién fué Mucius Scévola.

Emmanuel BERL

IV

Sólo Francia, entre todas las naciones, es capaz de expresar con la palabra «civilización» sus bienes más sagrados. No siempre fué así. Es el resultado relativamente reciente de un largo proceso histórico, bastante difícil de seguir en toda su complejidad. Para comprenderlo, es necesario remontar hasta la cultura antigua.

Cuando los poetas antiguos celebraban la grandeza del hombre, gustaban hacer la enumeración de todos sus recursos y de todas sus artes.

«Es de Prometeo de quien los mortales tienen todas sus artes», proclama Esquilo el Titán encadenado. Y cita: el arte de construir y el arte de trabajar la madera, la astrología y la adivinación, la medicina y la navegación, la numeración y la escritura. De todo eso, ha hecho don a los humanos, los cuales, así colmados, han podido elevarse de la minoría de la infancia a la dignidad de seres razonables. Se encuentra una jerarquía casi enteramente semejante en el famoso coro de Antigouz, donde es glorificada la grandeza del hombre. La única diferencia es que, en Sófocles, se ve aparecer una nueva manifestación de la vida humana, que representa el valor supremo y la forma postrera en que vienen a reunirse todas las adquisiciones anteriores, y que encarna el orden político y el orden religioso de la comunidad antigua: es la ciudad.

La idea de cultura, en los antiguos, supone, pues, que se ha agrupado en un mismo concepto de valor todos los beneficios de esa cultura y ligado esta concepción a la existencia de una «Polis», o, para decirlo en latín, de una «Civitas». Así nace la idea de una humanidad culta, civilizada, que se opone a la naturaleza y al estado natural, es decir, a la vida de los salvajes. Todo lo que eleva al hombre por encima de la tosquedad de las primeras edades, todo eso es cultura. Y todo eso tiene el mismo peso y el mismo valor, trátase del alimento, de la habitación, de la agricultura, de la numeración, de

la escritura, del derecho o de las costumbres. En tal concepción de cultura, las formas que presiden a la organización de la vida exterior no ocupan un lugar más reducido que los elementos de una ciencia de la naturaleza o que los principios de la vida en común. La satisfacción de las necesidades materiales, la ciencia de los técnicos, ni más ni menos que la organización de la sociedad o que las luces del conocimiento, forma parte integrante y necesaria de la idea de cultura.

Ernst-Robert CURTIUS

V

Cultura («Kultur»), en el sentido que se le da por lo común hoy, es de origen moderno. Porque, por familiar que fuese para el fin de la Antigüedad, como para el Renacimiento, la aplicación al alma de la imagen de la cultura del suelo («colere»), no fué sino con Bacon con quien esta palabra tomó un sentido bien determinado. La «cultura» o «geórgica» del espíritu llega a ser para él una de las partes principales de la ética. Pero esta tentativa no tuvo desde luego resultado y no fué inmediatamente aceptada y continuada. Un movimiento más extenso no fué apenas provocado sino por la civilización francesa del siglo XVII. La orgullosa conciencia que ésta tenía de su valor la hacía separarse muy claramente de todo grado inferior para no dar lugar a reflexiones generales sobre los diversos estados de la humanidad; el siglo XVIII, con su esfuerzo hacia una concepción natural de la historia, continúa esa dirección y se ocupa cada vez más de la oposición entre estado natural y cultura. Pero si no faltan las expresiones para designar el progreso de la humanidad, imágenes e ideas diferentes existen paralelamente o se entrecruzan: cultivar, civilizar, pulir, instruir; Turgot fué sin duda el primero que creó, con la palabra «civilización», un término consagrado para ese conjunto de ideas. En Alemania, el latín del Renacimiento poseía la expresión «civilisatis»; «civilitas» es también empleado en un sentido análogo, pero esos términos no penetran en la lengua viviente, y ésta no tuvo, hasta principios de la época clásica, ninguna expresión precisa para resignar esa idea. Un cambio decisivo se produjo con esta última época. Su deseo de animar al hombre entero y de dar una forma artística a la existencia encerraba un ideal de cultura tan autónomo que las expresiones debieron adaptarse a él. «Cultura» llega a ser un concepto fijo y que domina todos los demás; el de «civilización» se separa de él como un grado inferior; «Aufklärung» (Claridad de los espíritus) pierde, apenas entrado en uso, su sentido general: no sirve ya sino para designar el carácter particular del siglo XVIII y cae al rango de una categoría histórica; se ve, en cambio, elevarse el término «Bildung» (cultura intelectual), que da más interioridad a la significación hasta entonces adoptada y llega a estar pronto muy de moda. Veamos desde más cerca esa evolución de la terminología, que domina el uso de la lengua alemana hasta nuestros días. «Kultur» sin ninguna adición se encuentra por primera vez en Herder; sin duda, el nuevo uso apa-

rece aquí en plena fluctuación, pero se afirma ya bastante para suministrar un término conciso. Al lado de «Kultur» subsiste largo tiempo todavía, aun en Goethe, «Geistes-Kultur» (cultura del espíritu), pero «Kultur» simplemente vence poco a poco. Después, el concepto sigue una doble dirección, que corresponde a las dos principales corrientes existentes en el individualismo alemán: la corriente artística y la corriente ética. En los poetas y en los humanistas predomina la primera dirección; el arte y la ciencia, en su unión con la literatura, aparecen aquí como los firmes sostenes de la cultura, como el signo distintivo de un estado de cultura. En cambio, Kant, y más aún Fichte, hacen de la libertad el alma de la cultura y le dan así un carácter eminentemente moral. Kant define la cultura en estos términos: «La cultura es la producción para un ser razonable de la aptitud en general (por consiguiente en su libertad) a realizar los fines que le placen. Sólo la cultura, pues, puede ser el fin último que se tenga motivo de atribuir a la naturaleza en atención a la especie humana (no su propia felicidad sobre la tierra, o aun ser simplemente el mejor instrumento para poner orden y claridad en la naturaleza desprovista de razón que existe fuera de él)». Fichte ha desarrollado más esa idea y la ha, de conformidad con su carácter, impulsado hasta sus últimas consecuencias. Para él, la libertad, la plena autonomía, llega a ser al mismo tiempo el contenido de la cultura. Esto significa, pues, para él, el «ejercicio de todas las fuerzas en vista de llegar a la plena libertad, en vista de llegar a hacerse plenamente independientes de todo lo que no es nosotros mismos. de todo lo que no es nuestro puro yo». Así como esta tarea encierra para él todas las demás del mismo modo «todo lo que hay en el mundo sensible, todo lo que hay en nuestra vida, activa o pasiva, considerada como fenómeno, no tiene valor sino en tanto que contribuye a la cultura».

Peró los dos rasgos del movimiento de cultura concuerdan en distinguir claramente, de cualquier orden simplemente social, la cultura en tanto que formación partiendo del interior y en tanto que elevación del hombre entero; para designar aquel orden social, nos servimos de la palabra «civilización»; hay así, entre civilización y cultura, la misma diferencia que entre grado inferior y grado superior, entre principio y remate.

Rudolf EUCKEN

VI

Cultura, palabra que conmueve y ocupa hoy en las mentes de todo el mundo occidental, no proviene de los griegos, que por lo demás nos han dado casi todos los términos católicos; es don de los campesinos latinos y define el arte de trabajar la tierra. La palabra cultura es suma y expresión, y es la indefectible unidad de tus cosas: de la materia dada, inerte o viva, que el hombre no crea, de que es más bien creado, de que es él mismo una parcela; después de la «labor improbus» del hombre, que constituye la vía intermedia; finalmente del fruto cumplido y del sustento delectable, ob-

tenido por la unión íntima de una y otra, de las cuales la primera tiene un carácter de obra. Pero eso no es todo; la verdadera cultura no va sin gloria, la cual comporta lo inmediato y lo absoluto de la belleza. Lo inmediato no se halla sino al principio y no se reconoce sino al fin; lo que se pierde es lo que se liga al tormento de la «labor improbus». Está muy lejos del carácter inmediato de una canción popular el carácter inmediato de una sinfonía de Beethoven, pero una y otra lo tienen, y el hecho de que la última, aun comportando una inagotable riqueza de valores que la hacen límpida como la luz, no llegue a él, sin embargo, sino por la «labor improbus» y jamás sin ella, es una de las paradojas más misteriosas de nuestra existencia. Virgilio hubiera quedado estupefacto de la mediocridad de una estética y de una doctrina que enseña al poeta a esperar pasivamente la inspiración y a vivir de ésta únicamente. Más de un artista ha encontrado en ella su pérdida. Ningún trabajo, ni aún el trabajo realizado con el sudor de la frente, puede, es cierto, reemplazar la inspiración, pero el trabajo la recibe, a ella que es bella, y la conduce a madurar; más aún: atrae una nueva y multiplica su número, no las crea, pero las trae a la luz atrayéndolas y permaneciendo preparado y dispuesto. La belleza está al principio y al fin de las cosas; una cereza salvaje es bella, y una viña virgen. Pero, ¿qué es eso en presencia del rico esplendor de una cereza carnosa, de la sombría púrpura de la uva? ¿Qué es la cizaña en flor al lado del rubio mar de las espigas, de la maravillosa dulzura de una manzana, de la delicadeza femenina de una pera, de una ciruela azulada y llena, de un melocotón rosado como la mejilla de un niño? ¿Qué es al lado de la humilde gloria del pan, del vino, del aceite de tantas cosas que no existen sino por la cultura, de la que el principio es Eros, de la que el medio es el trabajo que lo ha sometido, formado, dirigido, de la que el fin es el sustento corporal y espiritual del hombre y la gloria de las cosas mismas? Eso va más lejos y más arriba. Un color es bello; sin embargo, ¿qué es al lado de la gloria de una imagen del Angélico? Un sonido es bello; ¿qué es al lado de la gloria de una sonata de Mozart? Una palabra sonora es bella; ¿qué es al lado de la gloria del verso virgiliano? El camino que va de lo uno a lo otro, partiendo del antecedente insondable de los colores, de los sonidos y del lenguaje con sus leyes y sus relaciones inmanentes, que el pintor, el músico y el poeta no crean, y la facultad de crear por combinación y de intervenir en su dominio que poseen el pintor, el músico y el poeta de nacimiento—el nacimiento precisamente hace mucho—: he ahí lo que lleva al fin y permite recoger el fruto con ayuda de la «labor improbus». El arte más perfecto consiste, en la medida en que arte viene de poder, en alcanzar con todas las penas del mundo lo que está exento de pena: con la complicación más intrépida, la simplicidad. Es ésta una de las raras máximas absolutas de una estética también absoluta bajo su aspecto subjetivo. Y, además, eso es pura «imitación de la naturaleza» en el sentido aristotélico. La complicación de nuestra máquina más complicada no es, en efecto, sino un juego de niños al lado de los aparatos complejos, y de sus funciones, que produce la naturaleza. ¿Hay algo más complicado, más dependiente de miles y miles de condiciones, que

el aparato y el funcionamiento de nuestra vista, y, por otra parte, hay nada que nos confunda tanto por su simplicidad, que sea más un don de la gracia que el hecho de ver? Y es toda la gran diferencia entre la máquina y la naturaleza: el producto de aquélla permanece complicado, el resultado no es jamás la simplicidad de un acto vital que salva, con mayor razón de un acto del espíritu.

La grandeza ejemplar de las *Geórgicas* de Virgilio, del Libro de la agricultura y del campesino, del trabajo y de la «instissima tellus», reside en que descierne con una mirada, difícilmente más segura, el sentido del trabajo, problema considerable y uno de los más embrollados de hoy, que desde hace mucho tiempo ha perdido ese sentido, y que lo descierne en su país de origen, cerca del campesino, en la agricultura. Entre los pastores de las *Bucólicas* no era sino con juegos, todavía no el sudor en la frente, todavía no la «labor improbus». Virgilio no ensalza ni menosprecia el trabajo. El trabajo mismo no produce nada, porque lo mismo el fruto mezquino y raro que el fruto abundante y rico es sólo nuestra madre la tierra quien nos lo da. Pero hay una diferencia, la diferencia del trabajo, de la «cultura» en el sentido estricto de la palabra, entre la espiga salvaje y la espiga cultivada: «tellus», la tierra, da el primero gratuitamente; el otro lo da, como «instissima», como muy justo, solamente al precio de la «labor improbus».

Theodor HAECKER

VII

Desde fines del siglo XVIII se marca en alemán una diferencia entre las palabras «cultura» y «civilización», la cual, a pesar de todas las fluctuaciones y variaciones individuales, vuelve casi siempre a hacer designar por «cultura» la actividad creadora de una fase de ascensión, por «civilización» la actitud receptiva de la fase de embotamiento o de decadencia. Esa antinomia, muy fecunda en sí (pero desgraciadamente muchas veces exagerada por el espíritu dogmático u obscurificada por caprichosas definiciones particulares), contiene una idea fundamental inatacable, que se expresa de manera particularmente luminosa en el lenguaje económico. La esencia de la cultura es producir valores nuevos; la esencia de la civilización, consumir valores existentes. Toda cultura en progreso es cultura de trabajo, toda decadencia de la cultura en un estado de civilización consiste en el tránsito de la cultura del trabajo a la cultura del goce.

Esta manera de considerar las cosas se confirma si se une el desenvolvimiento de una clase. La ascensión de la cultura dura tanto como la clase que la crea, trabaja en su propia ascensión. La unidad de la cultura se realiza entonces en la unidad del fin de la vida y del fin del trabajo. Pero tan pronto como esa clase, llegada a ser la clase superior, cambia su papel por un papel consumidor, el consumo de la civilización reemplaza a la creación de la cultura. No se producen entonces más valores nuevos—es decir, valores en el sentido de una nueva evaluación cualitativa—, no se hace sino amonedar y conservar valores cuantitativa-

mente aumentados. Se descarga entonces la actividad propiamente productiva sobre una nueva clase inferior de servidores. El trabajo mismo es así vaciado de su sentido esencial. El fundamento vital de la clase superior llega a ser entonces la propiedad adquirida y heredada, su actitud fundamentada frente a la cultura será la de consumidores frente a objetos utilizables.

En esta última fase, que se encuentra en la historia social de todas las épocas de decadencia de la cultura, la cultura llega a ser algo que se posee, o, según el uso de la lengua alemana, la civilización. La cultura verdadera es además un sujeto que se conjuga él mismo con el verbo ser. No puede, pues, considerarse ella misma como un objeto, como una cosa que se puede poseer; por eso es por lo que en la época de ascensión no existe un problema de la cultura, como no existe un problema del desarrollo en el hombre que crece.

La conciencia de la cultura en tanto que histórica nace solamente en la época en que se comienza a sentir la cultura como una posesión amenazadora, en que se empieza a conjugar la vida en general con el auxiliar haber. Cada denominación es una tentativa para tomar posesión por medio de una concretización, lo que es verdaderamente una ley psicológica. No es sino ahora cuando la cultura llega a ser civilización, término que Kant designaba ya, estableciendo expresamente el contraste, como «agasajos de la sociedad y decoro social».

En tanto que «bien de cultura», ésta llega a ser, con los otros bienes y posiciones de poder, el privilegio de una capa social superior. La barrera de la educación se convierte en uno de los medios más eficaces para asegurar la superioridad social, económica y política de las clases poseedoras. Con más obstinación aún que sobre el terreno de la comunización del saber, se la mantiene en el dominio de la educación en general, y sobre todo de la formación del gusto estético, literario y social. La burguesía llegada a la dominación ha hecho de la enseñanza clásica de las humanidades un privilegio de casta, igualmente a causa de que no tiene el carácter útil que podría seducir mucho a las clases inferiores, y más aún porque, como lujo puro y simple, no tiene sentido sino para aquellos que están dotados de dinero y de ocios.

Henri DE MAN

VIII

Hay que discutir la antigua cuestión de si es admisible en general, y supuesto el caso en qué sentido, la comparación entre una cultura y un organismo... Apenas podrá discutir nadie que las culturas son también grandes estructuras vitales. Pero los conceptos con los que las captamos científicamente serán siempre empresas azarosas, «abreviaciones más o menos adecuadas» que sólo expresan los contornos en grande. Ya el organismo natural sobrepasa en verdad nuestras capacidades de comprensión. Comenzaremos con las coincidencias entre cultura y organismo para acentuar las muy graves diferencias existentes.

El organismo aislado es un complejo de rendi-

miento totalitariamente articulado, con formación, reproducción y herencias autónomas. Es decir: constituye una totalidad, cuyos miembros u órganos se han de comprender por su rendimiento para la conservación y el acrecentamiento de la vida. No es ninguna suma de partes equivalentes entre sí, sino que cada miembro es referido al todo, según su situación y función, y metódicamente el todo tiene que pensarse «antes» que sus partes. Además, asignamos al organismo individual—al menos en virtud de una máxima regulativa—una estructura y funcionalidad teleológicas. Llamamos «teleología inmanente» el hecho esencial de que está en sí organizado para la conservación, tenga o no conciencia de ello como finalidad interna. Hablamos de «teleología comprehensiva» al menos en dos direcciones. El organismo, en primer lugar, está adaptado a «su» mundo circundante (no a un mundo neutral en general). Frente a esta adaptación, los procesos singulares y ocasionales de acomodación son relativamente insignificantes. En segundo lugar, el organismo individual está también organizado adecuadamente en forma prospectiva para la conservación de su especie. En los animales capaces de conciencia, esta disponibilidad para la especie está ante todo confiada a las enigmáticas fuerzas impulsivas psicológicas que llamamos instintos.

Comparemos ahora: También puede considerarse una cultura como una estructura unitaria de acción, en la que no quepa pensar ningún aislado con referencia significativa a los demás. Diferenciamos campos de cultura, por decirlo así, como sistemas de órganos, por ejemplo, economía y técnica, derecho moral, ciencia y arte. Cada uno de estos sistemas ha de contribuir con algo indispensable a la conservación y acrecentamiento de la totalidad cultural.

Pero la primera diferencia es bastante esencial: En una cultura no se da ningún cuerpo unitario como soporte físico. Un organismo natural se presenta a nosotros como una unidad de forma perceptible. Puede ser estudiado anatómicamente y fisiológicamente; se puede hasta realizar con él experimentos. Por el contrario, la morfología y la fisiología de la cultura son dominios casi sin construir. La situación puede aun salvarse aquí caracterizando a la cultura como un superorganismo. Una especie animal, o más exactamente, toda unidad troncal de ella, constituye un superorganismo tal, puesto que sobre la continuidad del plasma germinal se construyen constantemente los cuerpos individuales, los cuales sin embargo son fenómenos subordinados y pasajeros en relación con el gran ser vivo de la «especie». Así, una cultura vive «sobre» los individuos siempre cambiantes y «por encima» de la cadena de las generaciones. Un bosque es también un superorganismo en tanto que la vida en él se apoya en una división del trabajo sumamente significativa y en una sucesión de cambios de especies animales y vegetales. Si se pierde uno de sus miembros, se producen perturbaciones de la vida; podría decir también, enfermedades.

La segunda diferencia cala más hondo: Falta no sólo el cuerpo unitario, sino que en lugar de aquellos cuerpos individuales dados se dan almas individuales innumerables. Cada una de ellas contribuye un poco a la totalidad de la cultura. La conexión de la cultura es referida a los portadores de conciencia, en tanto que no sabemos absolutamente

nada de la conciencia de las células que forman un organismo. Los portadores de conciencia tienen que entenderse entre sí; de otro modo no surge un «espíritu común». Tienen que entender también las creaciones de la cultura para cuya totalidad empleamos la etiqueta de «espíritu objetivo». Pero cada individuo es ante todo «espíritu personal», porque a él le está confiado el participar en la responsabilidad de la totalidad cultural. El signo más claro de ello es que lo propiamente cultural no se hereda orgánicamente, sino que se comunica por tradición. Más aún, para la cultura hay que educar siempre de nuevo. Ya aquí parece romperse toda analogía.

La tercera diferencia se refiere al «telos», es decir, al valor y sentido de la cultura. Los auténticos biólogos de la cultura interpretan ésta como un proceso de adaptación a la naturaleza, que sólo se acrecienta por la particular dotación del hombre con intelecto y espíritu. Empero, esto vale a lo sumo para una capa primitiva del espíritu, diferenciándose en ello de la lengua francesa y la inglesa. Aquella pertenece sin duda a la cultura, pero no agota sus fines. La múltiple y total estructura de la utilidad, todo lo que pertenece a la mera técnica de la vida, es propiamente sólo civilización. Mas los valores de utilidad son sólo valores medios. Tiene que preguntarse siempre por el valor final, por causa del cual se realiza el penoso trabajo de la cultura. Esta tercera diferencia es la mayor: la cultura es «misión» espiritual-moral. Al organismo no le aplicamos en modo alguno tales medidas.

Eduard SPRANGER

IX

La regularidad, sin excepción, en el fluir de todos los acontecimientos, cuando se produce sin determinadas finalidades, es decir, sin cooperación humana, lo llamamos naturaleza. Lo elaborado por la especie humana en su conveniencia y conforme a un plan, lo proyectado, lo deseado, lo alcanzado y confirmado, lo llamamos en cambio «cultura». Lo que crece libremente de la tierra, sin intervención de la fuerza humana de trabajo, es un producto natural; pero lo que sólo adquiere forma y figura por la aparición de la fuerza humana de trabajo, es un artefacto o producto de la cultura. La fuerza humana de trabajo corrige, por la prosecución consciente de una finalidad y por un sistema perfeccionado de adaptación de los fines a sus medios, la actividad creadora inconscientemente conveniente de la naturaleza. Por medio de las herramientas que el hombre, como ser imitativo, se crea en la perfección paulatina de sus propios órganos, y con ayuda de las instituciones y de los instrumentos ahorradores de trabajo que se forja, apresura el perezoso curso monótono del proceso natural y sabe ponerlo al servicio de sus propios objetivos. El tipo del estado natural es, por tanto: «el dominio del hombre por parte de su ambiente»; la esencia del estado cultural es, en cambio, condicionada por lo siguiente: «la dominación del ambiente por los hombres».

Ludwig STEIN



...Y MARTE VENDIMIO

(Fragmento de un libro inédito)



STRIBACIONES del Pirineo catalán, en la comarca de Balaguer. Año 1937. Puesto de mando de la 121 Brigada Mixta.

—Vas a incorporarte al primer batallón. Aquí tienes el nombramiento, que presentarás al comandante Laborda. Mi coche te llevará hasta el puente de Artesa. La fuerza se encuentra acampada cerca de allí. En

Vilves. Espero que tu labor será satisfactoria. Tengo confianza en ti.

Y el comisario de Brigada me larga un papel plegado en dos, cerrándome la mano en son de despedida. Salí y monté en el Opel que me esperaba.

* * *

—Hemos llegado—me dice el chófer, frenando casi en seco junto a un puente con sus costados de piedra.

Desciendo. Un mojón rojiblanco al lado de la carretera, en el cual se lee: «A Artesa de Segre, 2 kilómetros.»

A la izquierda, un camino limpio y ancho lleno de sombra. El chófer me lo señala:

—Vas por ahí. El primer pueblo que encuentres es Vilves.

Me dice «salud», cierra la portezuela, y pisando con energía el acelerador continúa en dirección de Artesa a toda marcha.

Entro en el camino bordeado de castaños jóvenes muy tupidos, que forman como un túnel verde por donde el sol no puede pasar. A mi izquierda, al fondo de un barranco, el Segre se desliza puro y tranquilo, bruñido por el sol. Las aguas tienen reflejos ondulantes y murmuran con una sonoridad repasada, y allí la luz generosa se quiebra como sobre un prisma de cristal. Un silencio casi total domina el ambiente. Tan sólo el gorjeo clamoroso de los pájaros (siempre de fiesta) lo alteran, para centuplicar esta belleza que se mete en mí y me hace soñar.

Absorto en la contemplación camino sin conciencia, ausente de la truculenta realidad que se halla lejos de mí en esta hora. He andado un buen rato devorando con deleite la belleza sin nombre del paraje. De pronto, sobre una colina que los castaños escondían, aparece un grupo de casas diminutas: Vilves. Un sendero se ofrece a mi derecha metido entre el paisaje rabiosamente verde. Por él voy y llego al pueblo.

Sus casuchas de piedra mal recuadrada se agupan, como ovejas que presienten el peligro, en torno a la iglesia diminuta, cuya cúspide, rematada con una cruz de hierro, se destaca con orgullo bastardo sobre los tejados averiados y negruzcos. El puñado de casas forma media docena de callejuelas que cuesta arriba convergen en la plazoleta triste,

donde, como es de rigor, la iglesia se alza con protectora pedantería.

* * *

Anochece... el día espléndido de mayo hace su mutación al conjuro de la hora. Las montañas dan su adiós a la tarde vistiéndose de azul, para ponerse de luto después de agarrarse a los últimos clarores. Los hombres recojen sus exiguos equipajes y sus armas engrasadas. Las ametralladoras desmontadas se pliegan sobre mulos. El batallón forma... Prisas. Voces. Ordenes. Fijación del lugar que a cada compañía corresponde: fiebre. Idas y venidas por objetos que se olvidan. Es noche cerrada y aun no hemos iniciado la marcha. Más voces. Más llamadas. Más órdenes. La prisa sigue para hacer las cosas más despacio. Sólo se ven ya sombras inconcretas que se mueven rápidas y fantasmales, y la brasa de cigarrillos entre labios privilegiados. Semejan gusanos de luz flotando indecisos en el espacio negro con alas invisibles. En marcha en fin.

Llegamos a la carretera, junto al puente. Tráfico enorme. Ir y venir de camiones y autos cuyos faros pintados de azul, iluminan de manera indecisa el asfalto. La gran serpiente de mil cabezas que es nuestro batallón, se desliza penosamente entre ese tráfago mayúsculo carretera adelante.

El tráfico intenso ha sido dejado atrás. ¿Dónde estamos? Hemos andado mucho. Ahora en la carretera hay una larga hilera de camiones parados. Van a transportar tropas no sabemos a dónde, no sabemos cuándo. Pero si sabemos que los camiones están ahí, parados, vacíos, y que nosotros vamos a pie. La suerte de ir en camión no reza con nosotros. La caravana estacionada no termina nunca, excitando nuestro disgusto y obstruyendo nuestro paso. Cuando los vehículos que pasan se acercan, es necesario echarse a la cuneta para no ser arrollados. Y se oyen maldiciones y protestas airadas.

No sabemos, de fijo, a dónde vamos. En un punto determinado esperaremos órdenes. Esta noche, como todas las noches, es muy fría. La gente se pregunta por qué esta noche es fría, tan fría y tan oscura. Pero andando se quita el frío. El Segre, que se desliza a todo lo largo de nuestro caminar, allá en el fondo del barranco, está negro y no brilla ya como las escamas de los peces. Pero si habla sin cesar, contándonos no sé qué historias perversas o qué maldiciones sentenciosas. Al fin, un camino blanco abre un hueco en la noche. Lo hemos descubierto por la lividez de un pavimento calizo. El indicador de hierro fundido está ahí, en la cuneta. Imposible leer lo que en él hay escrito sin ayuda de una cerilla. Es el lugar de la cita para recibir órdenes concretas. Los hombres se acomodan como mejor pueden a las orillas del camino. El frío pasa su lengua helada por nuestro cuerpo,

dejando el rostro húmedo y rígido. Unos contra otros se juntan entre sí los hombres cuanto pueden para darse mutuo calor, encogiéndose su cuerpo como ovillos bajo las mantas.

Echado sobre la piedra siento un deleite análogo al que sentiría sobre un colchón de plumas. El sordo dolor de las piernas quiere irse para dejarme tranquilo. ¡Qué bien se está tumbado! Pero el frío me muerde pronto.

Y ahora, mis pies están hinchados de andar y helados de frío por no moverse. El cuerpo me duele de cansancio y tiembla de frío. Los dientes chocan violentos. Si me muevo, me duelen los huesos. Si no me muevo, me muero de frío. ¿Qué hacer?

* * *

El frente debe estar cerca. Camiones con cañones antiaéreos pasan por la carretera, pretendiendo proteger las caravanas de hombres y de material. Nosotros seguimos aquí estacionados. ¿Cuándo marcharemos? ¿A dónde? El suministro no llega. Ayer no comimos en todo el día. Hoy, tampoco, aún.

Por fin sabemos a dónde iremos. Más allá de Isona. Y en camión. Menos mal. Pero ¿y el suministro? Allí lo tendremos, dicen.

Es de noche. No hay luna. Camiones con los faros pintados de azul. Han parado. Son los que nos van a llevar: Katiuskas. Gastan mucha gasolina. Dicen que es un saldo. Su color verdinegro se confunde con la noche. Monta una compañía entera y se va. Llegan más Katiuskas y otra compañía sigue a la primera. Ahora esperamos. Hambre, frío, impaciencia. Al fin la primera caravana vuelve. Entre los que montan me encuentro yo.

—Ten cuidado, Gabriel—me dice Laborda—. Eso no es un coche-cama precisamente.

Le contesto con una sonrisa amarga que la noche no ha dejado ver.

Vamos en el camión descubierto amontonados y prietos como sacos de patatas. La luz atenuada de los faros apenas si deja ver un par de metros. Pero el conductor pisa el acelerador con un entusiasmo loco. Corremos por una carretera llena de baches y nos balanceamos en continuas sacudidas violentas. El camión corre mucho, casi ciego y a oscuras, por una carretera picada de hoyos profundos y conducido por un entusiasta de la velocidad, enfermo de inconsciencia. La velocidad es la psicosis del momento. El culto a la muerte es frenético y total. El que más y el que menos se ha vuelto un fanático de ese culto.

Si nos estrellamos o volcamos, ¿qué importa? El caso es correr, correr mucho. Pasamos un pueblo: Benavente. La carretera está cada vez más averiada. ¡Admirable la resistencia del cacharro! Y la nuestra. ¡Qué bueno sería darnos contra un árbol y rompernos la crisma! ¿Por qué no caernos por uno de esos precipicios de fondo negro semejantes a ataúdes colectivos? Sería algo muy oportuno. Un remate a medida para nuestra existencia agria como la hez. El camión se inclina mucho, pero nunca vuelca. Es más propio maldecir nuestra suerte estúpida, que nos salva de una catástrofe aparatosa, que a este chófer acróbata. Hechos al sufrimiento y al peligro, éste pasa muchas veces sin que le hagamos caso.

Ahora hemos entrado por un montón informe de algo que parecen casas. Es un pueblo. Parece grande. Pasamos por su centro. Un pueblo silencioso y

sin luz. Un pueblo muerto, muerto como un muerto humano abandonado en medio de un camino. Las casas están reventadas. Y muestran las mutilaciones aristadas, sus muñones tremendos. Los escombros y las piedras yacen a orillas de la carretera. Cuadro en claroscuro y sonoro, hecho de blasfemia y de desolación. Pueblo machacado, pueblo reventado: Isona. ¡Pobre Isona!

Los restos de edificios que vamos viendo a nuestro paso rápido, tienen perfiles esframbóticos con un sentido profundo, como dibujo de novelista. O es aguarfuerte sombrío trazado con noches y con tragedias. Muestran sus rasgaduras escandalosas a nuestros ojos impasibles, saturados de horrores ya. Diríase gesto de odio mezclado a una mueca tétrica, de un martirizado sobre un verdugo despiadado.

El escándalo de estos perfiles es un escándalo mimico, de pantomina. Gestos retorcidos de víctimas con las lenguas arrancadas de cuajo sobre potro inquisitorial. Si no tuviéramos la sensibilidad embotada por tanto mal, escucharíamos este anatemático gradilocuente y sentiríamos vergüenza de llamarnos hombres. Espectáculo alucinante, sólo comparable a una violación hecha con falo de hierro incandescente. Y este silencio en noche sin luna y sin estrellas junto a los muñones inmensos y a las rasgaduras despiadadas es un alarido sin pausas, sin interrupción. El silencio también es escandaloso. Y a veces sobrecoge.

Vamos dejando atrás ruinas y más ruinas que nos dicen a voz en grito: ¡Esto es la guerra, esto es la guerra!

Al dejar atrás este cementerio con sus cadáveres pétreos al descubierto, hemos entrado en una carretera recta, sobre un llano, y al fondo se destaca la sombra inmensa de una montaña que quiere cerrarnos el paso. Aquí los camiones paran y seguimos a pie en busca de los que nos han precedido.

* * *

El firmamento comienza a escupir: llueve. Cada cual se cubre como puede. Las ralas copas de los árboles gibosos nada hacen en nuestro favor. En la vertiente del barranco, junto a las zarzas, bajo las mantas, recibiremos el aguacero quietos e impasibles. Mucho tiempo dura. Después, calados, las mantas empapadas, es preciso hallar la manera de preservarse del frío que va a venir con la noche. Gran problema. Los hombres buscan paja seca en el pueblo cercano y preparan su lecho sobre el suelo mojado, a la intemperie. Añóchece. El frío se acerca. Pero ahora será mucho peor. Pronto aparecen chozas esqueléticas, hechas con ramas. Sobre ellas, las mantas mojadas dan la impresión de cabanas donde se podrá pasar la noche decentemente. Así, por grupos, la gente se dispone a pasar el trance lo mejor posible.

Gimeno y yo formamos un grupo. El tiene dos mantas. Yo, una. Endeble como un papel de estraza. Es un trapo de algodón que recuerda lejanamente una manta. Y un abrigo de cuero. ¡Cuántos y qué incancelables servicios me ha prestado! Me he hecho tanto a él que se me antoja algo así como parte complementaria de mi piel. A la tela de algodón le doy el nombre de manta, por darle alguno adecuado. Y me sirve de tapiz y de colchón. El cuero, de manta y de techumbre. Pero estoy obligado a situarme en posición fatal si quiero tener

completo amparo de él. Esta noche hará un papel importantísimo como tejado sobre la choza que Gimeno y yo hemos improvisado. Las mantas, de muro, evitarán el viento. Dentro de la guarida construida de esta guisa, echaremos paja. Y nos cubriremos con mi raquitica manta o pseudo-manta. No lo pasaremos tan mal. Gimeno me lo asegura. Gimeno es mi ayudante. Inteligente y buen chico. Sus ojos negros, de una negrura intensa, tienen expresión de mucha bondad y de mucha sensibilidad. Gimeno no carecía de carácter, pero es un romántico excesivo. Su palabra es siempre vehemente. Parece, al hablar, que su pecho va a estallar, incapaz de contener tanta emoción humana. Ama todo lo que es justo y bueno.

Nuestra guarida nos da el deleite de un palacio. Ni luz nos falta. Tenemos un candil, hecho con un bote de conservas.

Nos acostamos desgranando pensamientos, intercambiando ideas. La palabra cálida de Gimeno resbala como una caricia espiritual sobre la balumba de mi cerebro agitado. Gimeno es triste porque en la humanidad hay sufrimiento y dolor. Mientras escucho sus lánguidas sugerencias, salpicadas en colorido contraste de violentas diatribas, tengo la visión de crisantemos y peonías entrelazadas que reciben el beso de la luz plomiza en un amanecer nuboso. Su semblante y sus ojos, que trenzan un rictus de bondad amarga, sintetizado en la comisura de sus labios, se me antoja la silueta del Pensamiento contemplando a los Pueblos en su marcha por el camino de los siglos, presa de todos los prejuicios, víctimas de todas las tiranías, juguetes de todas las arbitrariedades: esclavos siempre, engañados eternamente, yendo de tumbo en tumbo hacia horizontes inalcanzados que pierden al paso del tiempo su concreción. Me imagino en el gesto supremo de la libertad, querida violada, viendo pasar al Hombre dentro de su cárcel multifilénica.

Gimeno habla, habla y yo me duermo lentamente, sintiendo como si en mis párpados fueren acumulándose piezas de plomo una tras otra muy despacio. Horas tristes. Como el lenguaje de Gimeno, como un rostro de idealista vehemente, como sus ojos llenos de sueño sublime...

* * *

Gimeno me despierta, sacudiéndome con violencia.

—¡Gabriel, Gabriel! Laborda te busca. El enlace ha llegado con la orden de cubrir línea. Está amaneciendo.

* * *

Gimeno se mueve. Corre de acá para allá. Invita a los soldados a que se den prisa. Ya no está triste. Ahora es energético, duro. Como yo. La guerra es esto: imposición, dureza, de un lado. Del otro, obediencia. Los hombres van a morir y se les exige que vayan de prisa. ¡Hála! No hay tiempo que perder. Se hace tarde. ¡Hála, de prisa! De prisa a la fiesta de ruido y de sangre; a la gran fiesta de escándalo.

* * *

Nuestras ametralladoras empiezan a cantar.
—Enfila bien a la cresta. Tira alto. Cuidado con

los nuestros, que se han echado al pie de la montaña.

Si, allí están, pugnan por subir y no pueden. El enemigo corre por doquier. El silbido de las balas hace sonoro el aire en torno nuestro.

Una balumba apelotonada, escandalosa de estampidos secos y rotundos, suena allá por el lado donde el 2º batallón ataca: se lucha con bombas de mano. Aquellos retentores sin fin es un combate de una virulencia alucinante.

—Parece que están cascando nueces de prisa, antes de que se de cuenta el guarda—ha comentado un bromista a mi lado.

Como en un contagio de locura, nuestras ametralladoras vomitan balas sin reposo. Esta ametralladora que está a mi lado la maneja un joven energético que, firme, enfila el arma con maestría consumada. Trata de desalojar de su nido a otra enemiga que nos molesta mucho. Con la cabeza erguida, desnuda, el busto tieso detrás del espinazo de su máquina, dirige el tiro fija la vista en un objetivo. El atacado responde con igual tenacidad y se entabla un duelo por ver quién desalojará a quién. Las balas cruzan sin descanso en torno nuestro silbando como serpientes en furor. Las balas que silban no son de temer. Cuando se oyen es que pasan de largo: no agujerean la carne ya.

—¡Arriba, dispara arriba! Con cuidado. Aquellos hombres que se mueven abajo son los nuestros.

* * *

El ataque es duro, durísimo. El sol despunta. Silencio. Silencio repentino. El enemigo no contesta ya. Sin embargo, no se le ha visto saltar de sus trincheras. Acaso sea una estratagema. Hay que ir con cuidado. La ametralladora que está a mi lado hierve. El agua refrigeradora se ha vuelto vapor y la máquina alienta como un animal cansado. La pausa ha terminado. Otra vez el escándalo inmenso alborota la barrancada que tenemos detrás y el llano de enfrente.

—Ya te daré yo. Tienes que saltar de ahí—dice el joven con su busto siempre desafiando las balas.

Miro con los gemelos el punto que se ataca. Parece que no hay nadie y sin embargo de allí salen ráfagas sin fin.

—¡Munición, munición!

Pronto tiene la máquina a su lado cintas cargadas. Y el ataque pertinaz continúa.

—¡Ya salta, ya salta! ¡Miradle, miradle!

Un hombre corre por la cima. Salió del nido; que ha enmudecido. Uno solamente. Los otros, si los había, quedaron allí para siempre. El sol pinta ya media montaña de amarillo. Pronto llegará a nosotros. Silencio.

* * *

La madrugada, con sus clarores inseguros, nos protegía. Ahora, el sol señala al observatorio enemigo nuestras posiciones con una claridad completa. Las posibilidades a nuestro favor, antes casi totales, se vuelven ahora nulas. Como cumpliendo una consigna, granadas y obuses se vuelcan sobre nosotros en granizada espesa. Los heridos y muertos caen a docenas. El combate se hacía penoso, insoportable.

* * *

La batalla electriza y emborracha. Hace del hom-

bre un monstruo alucinado. Los atavismos ancestrales resurgen del fondo del subconsciente anulando todo criterio de razón, todo sentimiento humano. El hombre va a exterminar y a ser exterminado, ciego. La gasolina hace al conductor, prudente muy a menudo, amar la velocidad experimentando la sed de beberse el horizonte con los ojos. La pólvora y el ruido de las armas producen el mismo efecto. El tímido se hace temerario en los momentos decisivos, presa de los instintos olvidados que la inteligencia pretendió anular. Muchos de nosotros, enemigos de la guerra, ahora resultamos guerreros furibundos. ¿Quién de nosotros no ha combatido la guerra? El pretexto de nuestra lucha es grande y noble, sí. Pero lo cierto, que se ve y se toca, la verdad profunda que presenta el individuo tal cual es, se manifiesta incontrovertible y cruda.

* * *

¿Por qué no siento repugnancia ni repulsión, ni piedad? La violencia feroz de la guerra está ahí como elemento de prueba decisiva. Invade mis sentidos, presente, verídica. La teoría queda atrás, la verdad es muy otra. Y he sufrido un montón de calamidades, suficientes para dar más impulso a mi repugnancia. ¿Por qué noto una alegría que podría llamar salvaje? Una influencia nueva invade mi ser. Me siento «crecer», surge una fuerza sin medida de mi complejo psíquico. Y la sangre corre en mis venas más de prisa y más caliente. Estoy alegre viendo la matanza y oyendo los estruendos sin fin. Alegría hecha de estampidos, de olor a pólvora, de color de sangre. En esta torrencial de energía loca que corre por mis venas y por mis nervios hay una entrega total hecha de embrutecimiento y de inconsecuencia. Y grito como un demente. ¿Estoy, acaso, loco? Veo y oigo junto a mí reír las ametralladoras y los fusiles en carcajada batiendo y asisto a eso como a una fiesta. Tengo ante mí una amenaza de efectos sin remedio y estoy alegre. ¡Estoy alegre! ¿Por qué, siendo incapaz de hacer daño a un pájaro en su nido, quiero ahora machacar los cráneos del enemigo en el fondo mismo de su trinchera? Parece un chiquillo idiota haciendo cabritolas al borde de un abismo. Y los que están junto a mí me miraban con entusiasmo y envidia. Estas extravagancias me valen una cita de honor en la Orden del día de la Brigada y una medalla de cobre que me cuelgan en el pecho. Y soy llamado héroe.

* * *

Estoy tumbado en un rincón sobre una gran piedra. He visto caer a Gimeno, a mi buen amigo Gimeno, hecho piltrafas por una granada. He llevado sobre mis espaldas a García, el muchachote noblón al que he visto caer con el trasero despedazado y a punto de quedar sin una gota de sangre. Cuando lo llevaba, concentrando mis fuerzas en un impulso sobrehumano, procurando esquivar ilusoriamente el diluvio de morterazos, me ha dicho contentiendo su dolor inmenso.

—No te preocupes por hacerme daño, Gabriel. Sácame de este infierno cuanto antes.

Y lo he dejado allá en el fondo del barranco, al lado del arroyo, bajo los álamos descuartizados, y

he ido a avisar a los camilleros para que lo recogieran. Y después he caído yo a mi turno, arriba, sobre el llano, campo de nadie. Y he sido traído por un jovencuelo, presa de un miedo galopante a la gruta, improvisada, Puesto de Curación avanzado donde nuestros médicos tienen un trabajo sin posible tregua. Van entrando por el agujero heridos y más heridos graves. Vienen sobre camillas de lona enrojecida y pastosa: sangre mezclada de cien hombres. Los camilleros los traen en un venir e ir precipitado, nervioso, dominando su cansancio. Se les ve extenuados. Cuando han entrado sueltan la camilla y se apoyan contra los muros de la gruta, pared roqueña, mudos, escondiendo su sufrimiento. En sus ojos se ve retratada la espantosa tragedia que ante ellos pasa. Y los hombres, con sus miembros triturados, con el cuerpo desgarrado, bañados en su sangre y en la de otros que pasaron antes, van desfilando ante mí narrando sin palabras lo que pasa afuera. Horror brutal. Un sentimiento mezcla de indignación y de piedad, de odio y de pena invade ahora mi cerebro. Quiero gritar, pero una masa extraña obstruye mi garganta. Mis labios tiemblan y mis ojos, muy abiertos, miran todo lo que me rodea: se forma así en mi cerebro un precipitado montón de ideas que hierven con un hervir pesado. Ya no siento aquellas cosas que sentí en el combate, y cuando las recuerdo me da vergüenza y me apostrofo yo mismo. Estos cuerpos yacentes, mordidos por la metralla o por las balas, van escribiendo en el lienzo de la realidad cuatro palabras que chorrean sangre: «¡Esto es la guerra!»

Ya no hay quien pueda pasar por el sendero, en la mitad del barranco, que conduce a la gruta. Un estruendo intermitente y regular lo barre haciendo añicos los peñascos. Pero los camilleros pasan, cumpliendo su misión, que es humana, con su voluntad firme, después de haber recogido los heridos bajo la metralla.

Las granadas y los obuses buscan la entrada de la cueva. El dolor de mi pierna y de mi brazo se intensifica, batiéndome sordo en flujo y reflujo. Los heridos más graves que yo siguen llegando. Todo es dolor físico y prisa. Sangre que fluye y nerviosismo. Ruido y tenacidad.

Al fin, un médico piensa que debo ser cargado en una camilla para ser llevado al puesto de socorro que hay más atrás, al lado de St. Román. Junto a mí, aún está el muchacho que me acompaña. Finge dormir. Me hago el indiferente. Me causa pena. Pero el médico, sacudiéndole fuerte por el brazo, le interroga:

—¿Qué haces aquí?

Abre los ojos. Sus labios tiemblan, sus ojos también.

—¿Quién, yo? Estoy enfermo. Me duele mucho la espalda y una pierna. Tómeme el pulso y verá.

Y le tiende un brazo con un gesto inseguro.

—¿A ver...? Sí. Estás enfermo. De miedo. Mucho miedo. En la trinchera se te quitará, bribón. Quieres escurrir el bulto, ¿eh? ¿Largo de aquí!

Dudando si obedecer o no, el chico se levanta, lento y temblante. Ha bajado de éste como estrado donde estamos. De sus ojos manan densas lágrimas. Va a salir. De pronto, un obús estalla exactamente en el agujero de acceso a la cueva. Trozos de piedra proyectados con fuerza han entrado. Un herido es herido de nuevo. El muchacho retrocede espantado. Un grito de angustia en él:

—¡No quiero salir, no quiero salir!
Hay mucho de cierto en su miedo insuperable,
y algo de fingido en su espanto.

El médico insiste, esta vez no tan seguro de sí mismo.

—¡Pero si no tienes nada! No estando herido, no puedes quedarte aquí.

Y retrocediendo más:

—¡En fin! Quédate un rato en el rincón, a ver si te curas del miedo.

Ya estoy a punto de ser llevado en la camilla. Esperan los camilleros una tregua para poder salir. La calma ha llegado. Será muy corta. Hay que aprovecharla. Me sacan. Los obuses silban a lo largo del barranco como dejando un rastro en el aire. Los camilleros corren y las sacudidas avivan el dolor de mis heridas, dolor que aguanto. Tendido en la camilla sobre costras espesas de sangre coagulada, cara al firmamento, de un azul purísimo, mis ojos se distraen mirando las cumbres de las montañas rocosas que nos cercan. Pienso en la posibilidad de morir así, indefenso, inerte. Procuro contener el contagio del miedo. La naturaleza ríe indiferente a la matanza colectiva en medio de este infierno sonoro. Vamos subiendo, subiendo. Descansan poco los que me llevan. Agotan hasta la última porción de su energía. Ya hemos llegado a la cumbre y nos encontramos otra vez muy cerca de la línea de fuego. Se ven perfectamente los hombres de ambos bandos que se disputan monte Cornelio. Las balas perdidas llegan hasta nosotros y pasan de largo. Acaso mi cuerpo será una vez más perforado. Cien metros más, y detrás de aquella colina el peligro habrá pasado. Tres aviones de bombardeo sobre nosotros. Los camilleros dudan si soltar la camilla o no. Al fin se aguantan. Los aviones han dejado caer una carga en el fondo del barranco, no lejos de nosotros.

* * *

A la entrada del valle, a la orilla de un camino ancho, en una cuadra aislada, está el Puesto de Socorro. Los heridos son clasificados aquí para ser llevados en ambulancias al hospital que les corresponde. Estoy echado sobre un puñado de hierba seca. El espectáculo, de una crudeza sin igual, sigue martilleando mi cerebro. Un impulso de llorar se apodera de mí, pero me aguanto. Hay que ser duro.

Un joven imberbe, casi un niño, está a mi lado. Sus lamentos son ya sintomáticos. El muslo desnudo muestra una herida grande cuyos labios abultados dan la impresión de una flor intensamente roja o el reventón de una morcilla pinchada. La pierna inerte parece de trapo. El fémur está roto.

—¡Mi pierna, mi pierna! ¿Dónde está mi pierna? Me la habéis quitado. ¡Dadme mi pierna, que noto que no la tengo!

El médico parece sentir el dolor en sí mismo.

—No hombre, no. La pierna está en su sitio. Calla, que ya curarás.

Pero el herido no parece oír y sigue su rezo lastimero y monótono.

—¡Mi pierna, mi pierna! ¿Dónde está mi pierna?

Resisto cuanto puedo el deseo de decir algo y noto que mi cerebro quiere estallar.

Pero algo mucho más trágico ha producido en mi cuerpo un intenso hormigueo.

Mis ojos se han quedado fijos, muy abiertos, atenazados por una sensación inenarrable.

En pie, junto a la puerta, apoyado de espaldas al muro, hay un hombre joven. Sus piernas encorvadas parece que se niegan a sostenerle. Un fuerte temblor hace trepidar su cuerpo entero. Los brazos se agitan de manera cadenciosa y regular. En su rostro ha quedado atornillado un gesto de espanto y de idiotez. De angustia que llora sin lágrimas, de aniquilamiento físico y psicológico a un mismo tiempo. Un hombre que ha dejado de serlo aun conservando la vida. En la boca continuamente abierta, los labios se mueven torpemente, se agitan en convulsión continua. Se advina que pide algo. Pero la palabra no puede modularse. El pensamiento no vibra con el lenguaje. Un raudal de baba desbordante baja por el mentón y llega a la garganta. Pide algo que nadie comprende.

—¿Qué quieres, qué quieres?

No oye. Está sordo y mudo. Y pide, pide. Pero la palabra, entre temblores agitados, se niega a salir.

—A... a... a...

Y mueve los labios con sus temblores convulsos, y quiere tender los brazos y no lo consigue.

—A... a... a... —ronquea con la boca abierta, llena de baba.

—¿Qué pedirá?—inquire confuso el médico.

A... a... a...—continúa aquella ruina de hombre.

—¿Querrá agua, tal vez?

Y cogiendo una taza, la llena de agua y se la ofrece.

Eso pedía. Avido, quiere coger el recipiente. El doctor lo coloca entre sus manos temblorosas. Pero el agua se vierte por los suelos saltando de la taza. El médico vuelve a llenarla y él mismo la aproxima a los labios del hombre aniquilado. Este quiere beber, pero el líquido se escapa saltón sobre su rostro.

Conmoción general intensa. Sordo y mudo. Aniquilado. Exhombre. La metralla se encargó de dejarlo hecho una piltrafa. Cierro los ojos. No quiero ver más. Y en el claustro de mis párpados cerrados bailan en desorden torturante de turbamulta visiones brutales y feroces, estrambóticas y horribles. Así he pasado no sé cuanto tiempo. Alguien me levanta en vilo y me carga en una artola sobre un mulo. Y por fuerza ahora tengo que ver de nuevo esta procesión continua de camilleros cargados con piltrafas sanguinolentas, restos de hombres.

* * *

Bajo la risa verde y blanca de los almendros en flor, la mueca trágica del dolor humano. El día, limpio, brillante de sol, día de mayo lleno de calor da más intensidad al espectáculo abominable que los hombres se dan. Sarcástico contraste. La dulzura del paisaje aleteando sobre el rictus amargo de los seres con sus carnes mordidas. Inertes, esperan no saben qué ya. Y son besados por el sol amarillo de la tarde y por la brisa suave cargada de perfumes primaverales, bajo el amparo vistoso e ilusorio de los esbeltos almendros en flor.

En el momento en que llegamos frente a este

espectáculo, somos alcanzados por una pareja de camilleros que llevan a un compañero suyo sobre la camilla sucia de sangre seca. Tendido, los miembros cuelgan desbordantes a manera de pin-gajos. Su rostro amarillento lleva la marca de una extenuación en último grado. Está a punto de sucumbir por el esfuerzo hecho transportando he-ridos. ¿Será posible? Es Antolín. Sí, Antolín. El buen Antolín va a morir también. Sus compañe-ros le llevan deprisa. Allá, bajo el hermoso almen-dral, depósito circunstancial y pasajero de heri-dos que esperan su turno en la ambulancia que vendrá, es llevado Antolín también. Con la vida escapándose a chorros como a los otros.

* * *

Entre unos árboles gigantescos hay tres tiendas de campaña de grandes dimensiones. Esta en la que soy metido se halla alumbrada por tristísima luz de aceite. Oigo al entrar un coro inarmónico de lamentos. Algunos piden agua con exigencia y voz muy fuerte. Otros, despacio: van a morir sin tardar...

Echado en el camastro, una angustia total se apodera de mí. Los nervios no me obedecen ya. Mi cuerpo no quiere mantener su calor, y sin re-acciones tiemblo de frío de manera aparatosa. La voluntad se escapa a la desbandada. No puedo más. Estoy agotado. Este espectáculo de los agoni-zantes, de los hombres que se van extinguiendo en formas diversas me ha dado el último golpe. En unos, el lamento último se mueve antes de salir. Algo semejante al resoplido postrero de un cor-dero degollado. En otros, es una melopea que quie-re ser escandalosa y se apaga a la mitad del ca-mino. Unos apostrofan y blasfeman. Otros me sugieren la imagen del conejo que, sitiado por le-breles, se recoge en un rincón incapaz de defen-derse ni de huir. Aquí se viene a morir. Pero a morir de la manera más desoladora, más triste, más siniestra. La iluminación, el ambiente, la tem-peratura, la decoración, todo es frío, muy frío. Cierro con fuerza los ojos y, concentrando mis últimas energías, llamo a la muerte...

Fabián MORO



ESCEPTICISMO Y PORVENIR SOCIAL



INNUMERABLES causas han contribuido a formar una corriente de escepticismo con referencia a los destinos humanos en el seno de minorías tradicionalmente dinámicas y más bien optimistas. La prolongación de la crisis del capitalismo, los fracasos totales o parciales de los movimientos revolucionarios, el enorme crecimiento estatal, etc., se cuentan entre las más importantes de esas causas. Como consecuencia de tal desesperanza, elementos de valor permanecen al margen de los acontecimientos, como meros espectadores del drama que vivimos. Peor aún: sus visiones espeluznantes del porvenir acaban por filtrarse en amplias capas indecisas de nuestra sociedad.

Se pretende que, a partir de la revolución industrial, el hombre se despersonaliza y se deshumaniza cada vez más a causa de la infinita división del trabajo y de la preponderancia creciente de la técnica. Se afirma que, gracias a esa revolución industrial y a esta preponderancia técnica, el Estado ha llegado a concentrar elementos de poder como en ninguna otra época, y que ello tornaría inútil toda tentativa de lucha contra su dominación. Se asegura que el hombre se convierte no sólo en el esclavo del hombre, sino también en el sirviente de la máquina.

No vamos a negar aquí la sinceridad de muchos hombres que han abrazado esta corriente. Respetamos el indecible sufrimiento intelectual que ha corroído sus voluntades y apagado sus entusiasmos; pero los otros, ¿habrán soportado esas dolorosas tormentas interiores o esos desilusionadores procesos de la mente?

El pesimismo se ha convertido en el refugio ideal de muchos espíritus: de los que quieren esconder sus confusiones, su egoísmo, su miedo y hasta su inutilidad. Ninguna actitud es más cómoda para renunciar al esfuerzo, sobre todo cuando se ansia ahogar los gritos de la conciencia, cuando se desea eludir nuestra dramática responsabilidad. De ahí que tal actitud, en ciertos círculos, se haya puesto de moda y que su consecuencia, el «testigo», se reproduzca con asombrosa rapidez y facilidad.

La responsabilidad se nos aparece como un fantasma atormentador, porque todos, en mayor o menor medida, sentimos que es inevitable. Sabemos que estamos forzados a ella hasta por las propias circunstancias, por los acontecimientos mundiales que se entrelazan y tocan nuestros comunes destinos sociales. Ha desaparecido la época en que sólo se enfrentaban grupos aislados del conglomerado humano y asistimos a una lucha que afecta al organismo íntegro de la sociedad. Podemos eludirla por periodos y hasta un cierto punto, pero los hechos nos ponen de nuevo frente a ella. Sólo a costa de nuestra grandeza humana podríamos olvidar el curso milenario de la sangre, que baja a los pies, pero que luego sube a calentar nuestro corazón, o a enardecerlo.

Huímos de la responsabilidad social porque ella nos conduce a la acción. Amamos nuestra vida y

el vasto mundo que nos rodea, lo que conocemos y hasta lo que ignoramos, pero no nos sentimos con el coraje necesario para defenderlos. Tenemos miedo. Miedo a la magnitud del esfuerzo y a la complejidad de los problemas y las cosas. Y, sin embargo, ¡cuánto mejor sería que nos vayamos acostumbriendo a sus exigencias sin jeremiadas inútiles y llantos estériles!

Ciertamente, las condiciones de nuestra época no son las más propicias para mantener encendida la gran esperanza que alentaron los luchadores del siglo XIX. La situación es grave, y los hombres tienen derecho a alarmarse. Solamente que, para esconder su miedo y salvar su nombre de hombres, acaban por mofarse, no ya del optimismo, sino hasta de esas personalidades constructivas que ignorarán siempre lo que es detenerse. Desestimando los esfuerzos heroicos de las multitudes, la lucha contra el capitalismo y el Estado se les antojará una estupidez. El socialismo sería no más que una hermosa quimera. No quedan caminos abiertos ni horizontes posibles. Nos convertimos en piezas sin alma del engranaje sin salida de la sociedad contemporánea...

Para justificarnos, exageramos la realidad, cargamos las tintas en los fondos oscuros del cuadro y soslayamos las chispas que estallan a lo lejos. Pero esta negación de todos los factores positivos y esta exageración de los obstáculos no dejan de representar—por bien que se haga el trabajo—verdaderas traiciones a los millones de hombres y de mujeres sencillos que han abrazado la causa de la libertad. Respetamos el derecho de expresión al pensamiento negativo. Nada más estúpido que cerrar los ojos frente a los peligros que acechan en la realidad. Pero es una infamia apagar el entusiasmo, sembrar la desesperanza, restar importancia a la resistencia y agitar fantasmas. Se puede dudar del triunfo final de la justicia entre los hombres, pero no es posible negar la conveniencia y la utilidad de esas manifestaciones activas o pasivas que los pueblos saben desarrollar para su defensa. Aun si no les asignamos más que una función de equilibrio, ya merecen nuestra consideración.

Biológicamente hablando, toda especie desarrolla defensas contra sus enemigos o contra las modificaciones del medio, a menos que los factores adversos acaben con ella antes de que puedan evolucionar las mismas. Y esto, ¿quién puede afirmar que esté dentro de las perspectivas humanas? Sin embargo, escépticos hay que han proclamado la desaparición de la más innata condición del hombre: su rebeldía. En el porvenir sombrío de algunas mentalidades superficiales, la sangre de los hombres baja a los pies, y allí se queda.

Veamos algunos aspectos de sus exageraciones.

El ejemplo clásico del artesanado medieval con que el escéptico moderno pretende avergonzarnos de nuestra época no es más que una curiosa nostalgia. En la Edad Media, el artesanado constituía sólo una ínfima parte de aquella sociedad esencialmente agrícola. Mientras el artesano desarrollaba sus facultades en un proceso integral, los campesinos

nos se embrutecían bajo los efectos de una labor prolongada y penosa. Desde el alba hasta la puesta del sol, el hombre del campo vivía inclinado sobre la tierra. Sólo así podía pretender seguir arrastrando su miserable existencia, después de alimentar al cura y al señor. Ignorante, embrutecido y explotado, soportaba cierto tipo de humillaciones que la sociedad, como norma, no ha conocido ni antes ni después. Idealizar el artesanado implica, pues, una parcialidad.

En nuestra sociedad, la ciencia y la técnica aplicadas a las faenas agrícolas, a la morada y al ambiente exterior, han elevado a un plano más alto a inmensas colectividades de campesinos, librándolas de aquellas interminables jornadas embrutecedoras, ampliando su visión del mundo y su concepción de la vida. Honestamente, nadie podría afirmar que la técnica ha originado perjuicios al campesino. Entre el presente y el pasado del campo se abre todo un abismo.

Por otra parte, no es completamente cierto que el desarrollo industrial ha provocado la desaparición del artesanado. El industrialismo ha venido a ocupar un puesto que nunca hubiera podido cubrir este último: la producción en masa para los pueblos. El artesano ha subsistido en la penumbra de los pequeños talleres y a la sombra de las grandes fábricas precisamente por eso porque su producción no estuvo orientada jamás hacia las necesidades totales, sino para la satisfacción de reducidos grupos humanos. Más aún: la propia técnica ha permitido el desarrollo de un tipo especial de artesanado moderno, en medio de su impresionante división del trabajo.

Si echamos una mirada sobre el promedio-horario de la jornada de trabajo que debían soportar los trabajadores hasta bien entrado el siglo XIX y el que hoy se realiza mundialmente, tendremos que el hombre no es tan sirviente de la máquina como era esclavo el campesino de la tierra o el artesano del taller. Lo que esto entraña como posibilidad de elevación individual y social, ya es inmenso de por sí. Actualmente, aún el obrero que ocupa el puesto más ingrato de la cadena, puede ser más despierto, más capaz y más inteligente que cualquier productor del pasado precisamente por esa reducción horaria de la jornada moderna. Ella le permite acercarse a las altas manifestaciones del pensamiento. Las posibilidades que de esta manera se abren en un sentido de liberación son enormes. El tiempo que cada hombre ha ganado para sí, y el que todavía se ganará, constituyen verdaderas bombas de tiempo contra todas las formas de dominación social o individual. La «energía sin ocupación» inquieta a los Estados más poderosos del mundo.

Es indudable que los gobiernos disponen ahora de medios infinitamente superiores a los del pasado para su acción represiva y opresora. Pero, paralela-

lamente, ¿no se ha multiplicado la fuerza de los pueblos? ¿Nada significan su asomo a la cultura, sus concentraciones urbanas, sus organizaciones regionales e internacionales, su conciencia del derecho o su íntimo contacto con una producción delicada y compleja? Hasta hace poco se nos decía que frente al arma automática nada podía el esfuerzo popular. Ahora se nos coloca incluso frente al poderío atómico... y esto ya es el colmo del terror, la extensión maniática del miedo. Con la misma mentalidad, cualquiera podría decir que un puñado de hombres, con no muchos conocimientos técnicos, pero con mucha decisión, sería capaz de enloquecer a todo un estado mayor. Supongamos un pequeño ejército endemoniado que volara los laboratorios que investigan para la guerra, que derrumbaran periódicamente las galerías subterráneas que conducen al mineral, que perjudicaran las costosas y delicadas maquinarias del tipo de las que «fabrican poder...» La técnica no sólo ha otorgado un gran poder a las clases privilegiadas: ha puesto a disposición de las masas una gran cantidad de recursos y de armas suficientes para precipitar la caída de no importa qué organización militarista y burocrática. La diferencia de los poderes de que se habla estriba en la concentración del uno y en la dispersión del otro, pero ello no constituye un obstáculo insalvable.

En el peor de los casos, no es verdad que el hombre se haya sometido o esté en tren de someterse «íntimamente» a la fuerza magnificada del Estado. Esto implica negar la naturaleza rebelde y la historia insumisa de la criatura humana a través de su ascenso milenar. Los pueblos no se arrodillan. La resignación está fuera del ámbito colectivo. Las exteriorizaciones de protesta y de repudio hacia lo regimentador y lo policiaco se perciben hasta en las más atrasadas regiones de la tierra. El odio y el desprecio contra las pretensiones asfixiantes del Estado se manifiestan en todas las capas de la sociedad. Hay como una carga explosiva en la atmósfera tensa de nuestro tiempo.

Sería engañoso alentar un optimismo ingenuo, y mucho peor un escepticismo ciego. Nuestro mundo es un mundo de peligros mayores, pero también de infinitos recursos y de infinitas posibilidades. Desde un ángulo serenamente realista—sin esperanzas ni temores exagerados—, podemos advertir que ningún gobierno, ninguna propaganda, ninguna técnica, logran domeñar la rebeldía constante de las muchedumbres, y menos uniformar la sagrada interioridad del hombre.

Apartemos el temor que paraliza la acción y entorpece el pensamiento. Seamos capaces de mirar al mundo en su terrible y magnífica descomposición. Lo contrario sería retroceder.

Emilio MUSE

LA SIFILIS ENEMIGA DE LA BELLEZA



A belleza y la juventud son las dos víctimas de la sífilis. La belleza y la juventud, incalculables tesoros del hombre, son aniquiladas por la sífilis en su obra de envilecimiento de la vida. Y a la par que la belleza exterior, que la armonía de las formas, es desfigurada la belleza interior; la sinergias orgánicas, la correlación química y la correlación nerviosa

En cualquier época de la vida y en cualquier parte del organismo, la sífilis puede poner su mano llena des desdichas y hacer de un ser normal y perfecto un muestrario de fealdades. La sífilis es la creadora de lo feo.

Pero si en cualquier época de la vida y en cualquier lugar del organismo puede aparecer la enfermedad, hoy nos entretendremos en pasar revista a las deformidades pequeñas o grandes que deben su origen a la sífilis congénita.

Se llama sífilis congénita a la que padece el recién venido al mundo. Debiera llamarse «sífilis innata», pues si bien el niño puede nacer y nace afectado de ella, no la adquiere por el hecho de su concepción, sino en virtud de un contagio transplacentario y realizado sobre el cuarto mes de la vida intrauterina.

Las deformidades que la enfermedad causa, pueden ser visibles desde el momento del nacimiento; y entre éstas haremos notar una gran variedad de monstruos no viables; y otros de posibilidades muy reducidas.

La forma de la nariz es profundamente alterada en ocasiones. Cuando la infección ataca al armazón nasal antes del nacimiento, dicho armazón se destruye en una extensión mayor o menor y se producen deformaciones como las llamadas nariz en forma de silla de montar; nariz en forma de gemelos de teatro. Cuando la alteración de la morfología es muy pronunciada, da lugar a un tipo de nariz sospechoso, que un clínico avisado ve pronto y distingue de la nariz normal. La piel del recién nacido puede estar afectada por el pénfigo sifilítico, en forma de grandes ampollas más o menos numerosas. En un grado menor, las infiltraciones de la piel y las fisuras alteran también, visiblemente, el aspecto normal.

Cuando la correlación hormonal se altera, por ataque de la infección a las glándulas de secreción interna, se producen trastornos, a veces muy acentuados, del crecimiento. Se pierden las proporciones normales y la cifra normal de la talla no se alcanza. Así resultan los «nanismos» en cuyos estados el individuo alcanza una estatura muy por debajo de la corriente y dentro de los «nanismos» los hay que van acompañados de deformidades de los miembros o del tórax.

Otra alteración de la morfología normal que con frecuencia se debe a la sífilis, es la «acromegalia»,

y consiste en alteraciones de la forma de las facciones y de los miembros. Unas y otros se hacen grandes y toscos, muy desproporcionados al tronco y dando al sujeto una apariencia característica de este trastorno, a la vez que proporcionándole variadas molestias.

Una alteración muy frecuente en los niños atacados de sífilis innata, está integrada por diversas atrofas dentarias que dan, cuando son pronunciadas, un aspecto muy repugnante a la boca del sujeto y le proporcionan las consiguientes dificultades para la masticación. La distrofia dentaria más frecuente y más característica en la sífilis consiste en una desviación de la morfología de las piezas, de tal manera que éstas, muy especialmente los incisivos y los caninos, son más estrechos en su parte libre que en la porción superior; su borde está como desgastado, erosionado en media luna, formando un grosero biselado, además de las estrías, y otros defectos que presenta la corona. Todo ello va acompañado de anomalías en la implantación de las piezas dentarias.

También los ojos padecen frecuentemente, constituyéndose una queratitis intersticial que da aspecto turbio a la córnea con la consiguiente perturbación de la función visual.

Aun quedan por señalar numerosas y feísimas deformidades; los huesos atacados por la sífilis sufren desviaciones más o menos pronunciadas, que alteran en ocasiones, sobre todo cuando aparecen en los miembros inferiores, la estática general del cuerpo. Entre estas desviaciones figuran la «tibia en hoja de sable», con la consiguiente fealdad de los miembros abdominales; el «cúbito» en arco, del que resulta alterada la forma y dirección normales del miembro torácico. Las deformaciones del tórax, a veces muy manifestas, son de mayor importancia, no sólo por cuanto afean al individuo, sino porque llevan consigo dificultades a la respiración normal muy de tener en cuenta en cualquier afección de las vías respiratorias.

En el cráneo, el aumento de espesor que experimentan los huesos bajo la acción de la enfermedad, da lugar a la llamada «frente olímpica» con un doloroso humorismo; o al «cráneo natiforme», debido a la exagerada prominencia de las bolsas frontales y parietales.

Consecuentes con nuestro propósito de poner de manifiesto, esta vez, los golpes rudos que la sífilis asesta a la belleza, pasaremos por alto las alteraciones del funcionalismo orgánico, que aún siendo más graves, no se dan a conocer, generalmente, en el cambio del exterior del sujeto; aunque toda rotura de la armonía fisiológica lleve consigo la pérdida de la hermosura fresca peculiar de una perfecta salud.

Dra. A. POCH Y GASCON

NOTAS

RESPUESTA AN ARQUICA INDIVIDUALISTA A UNA ENCUESTA ⁽¹⁾

Querer encerrar en los límites de un cuestionario la complejidad del hombre en una sociedad hipercivilizada es sólo un juego interesante, pero sin resultado práctico.

Por más que lucubremos con los más preclaros dotes intelectuales de la experiencia y de la comprensión y nos debatamos en los vistos espacios de la cultura histórica, no llegaremos sino a formular una visión individual, que no será más que el reflejo de la observación propia en sus reacciones con el ambiente.

No es posible hacer cartillas universales para dar la pauta de cómo debe actuar el hombre en su convivencia con sus semejantes.

Hay dos clases de humanos: los prácticos y los idealistas, pero sólo como tendencia, pues en ambas clases se entremezclan infinidad de situaciones que modifican de algún modo esa fuerza inicial innata o adquirida en cada uno.

Lo más interesante es comprobar que los hombres se dividen en autoritarios y anárquicos cuando sus ambiciones, como seres intelectualizados, aspiran a algo más que a vegetar y adquieren una preocupación fuera de la rutina en que chapotea el vulgo.

Es demasiado hiperbólico el sistema dialéctico para concretar qué es lo que la humanidad quiere y hacia dónde se dirige. Las aspiraciones de grupo, de dogma, o de política, demuestran siempre que sólo hay un camino y que hacia él debe ser dirigida la grey humana, aunque ésta, como conglomerado social, herida y maltrecha, siempre se salva en las grandes convulsiones, pero el individuo perece irremisiblemente.

Los creyentes en los tiempos futuros, plenos de bienestar y libertad, ya sean dirigidos por hombres providenciales, o bien liberados de toda tutela autoritaria, nada demuestran con sus buenas intenciones.

La corta vida de medio siglo la tenemos ante nosotros y, si hasta 1914 estuvo llena de optimismo entre los verbalistas de la revolución social, que había de terminar con la explotación del hombre por el hombre, a partir de la primera guerra mundial hasta nuestros días, el retroceso y la prostitución, el empantanamiento y el lodo autoritario han sumergido al hombre y lo han colocado en la situación totalitaria de engranaje del Estado.

Por tremendas que sean las guerras, por eficaces que sean los cambios políticos, por rudo y definitivo que sea el choque entre los dos imperialismos mundiales, la mentalidad seguirá todavía disciplinada por la autoridad, y ésta ejercitará con mayor furor destructivo la violencia, que es su arma y su fuerza, ante las bestias aterrorizadas que no saben defenderse

(1) No se olvide que se emplea el término *anárquico* en su etimología, es decir, como *no autoridad*, en toda expresión vital.

Anarquista corresponde a una ideología intelectualizada, a una militancia de masas para producir la Revolución Social y Política que abrirá cauces a la anarquía. Al menos nos lo afirman los que tienen buenas intenciones.

con inteligencia y con pasividad contra la técnica militar, cuyo ocaso no se vislumbra aún.

El problema del mundo, que es problema de convivencia, no es sino problema individual.

La frustración de la fe, de la esperanza y de la caridad, indica que las prédicas son inútiles para que la humildad se guíe por la razón recíproca.

Únicamente las creencias en el futuro luminoso son buenas para los mesías, los profetas y los aspirantes a ejercer el sacerdocio. Y ésta es música política o celestial, que los representantes del género humano pretenden dirigir para adormecer la inteligencia rebelde y sarcástica del hombre y generar la estupidez beatífica del ángel, que es el hombre aborregado en la obediencia.

La libertad colectiva es uno de los tantos mitos en que se adormecen los esclavos, pero esta profunda comprensión tiene sólo eco auténtico en la minoría de los anárquicos individualistas.

No hay solución anárquica inmediata, ni tampoco anarquista; pero los ilusos que viven en el ensueño podrán acariciar su próxima influencia en las luchas que se avecinan, o que quizá se alejen, si el miedo en las alturas no hace delirar a los déspotas que bailan en la cuerda floja de las incongruencias sobre el abismo de la violencia absurda y acaban por desatar las furias de los profesionales de la guerra.

El anárquico quiere seguir viviendo, aunque no sea más que para ver este espectáculo de un mundo a la deriva, pero si pretende modificar la política de las masas, a las que sólo mueve la autoridad y la especulación, se verá envuelto en confusiones caóticas y será barrido por la mediocridad que gobierna al mundo.

Este es un modo de ver individual y anárquico; no es en modo alguno táctica política, sistema de dominio y enseñanza colectiva.

El temperamento y las circunstancias en un momento dado, en que estallen los conflictos, hacen decidir al hombre en un sentido en que se manifieste firme su defensa, o en que se deje arrastrar por las convulsiones de la plebe militarizada o militante.

No colaborar con autoridad alguna, ni siquiera con la autoridad que se llama moral y hasta puede llamarse anarquista, tal es la posición de un anárquico individualista. Y tener paciencia y buena intención para bruñir y afilar el arma invencible de la crítica profunda y saber comprender los intereses comunes a la especie a que pertenecemos en un amplio sentido biológico con los resplandores de la ciencia que nunca se estanca.

El individualista anárquico se halla siempre en estado defensivo y empleará los medios circunstanciales y esclarecidos adecuados a situaciones sociales que se prevén y se producen.

Porque así no lo entendieron los que obedecieron a consignas en las luchas de los anarquistas españoles, éstos se vieron obligados al éxodo y a seguir el calvario de sus calamidades. Pero, en ese zafarrancho en que se vieron envueltos, perdieron su conocimiento y transigieron con situaciones políticas en que tuvieron que ser jefes, ministros y hasta generales, o comandantes.

No se puede agotar el tema, o los temas que sugiere el cuestionario, y cada uno aguzará sus razonamientos al estudiarlo.

La mayor satisfacción, preñada de emociones y presagios ilusorios, la tuvieron los que de cerca o de lejos vibraron al

unísono defensivo del pueblo español, que supo, con su energía y sus convicciones, vencer en el primer impulso a la morralla fascista y militar.

Eso, que fué lo realmente espontáneo y anarquista, empezó a disciplinarse, a adquirir la solemnidad del mando, a coartar la iniciativa y la coordinación individuales, a meterse, en fin, en los cuadros de un militarismo popular y de un ejército libertario (?). Y ya se sabe el final. Ante dos violencias vencerá siempre la más fuerte en el amplio sentido de las colaboraciones propias y extrañas.

Queda el ejemplo de esa minoría española, que por inclinación propia y por esclarecimiento de una propaganda constante, supo rebelarse con eficacia inteligente. Quizá sigue siendo la esperanza de los rebeldes del mundo, y parece que sus lecciones tienen frutos nutricios.

España se vió ofendida y humillada, pisoteada, sangrienta y destrozada, pero suyo sacar fuerzas de flaqueza y permaneció despierta en su voluntad de manumisión.

Su última acción es de profunda comprensión ejemplificadora. Si no es posible defenderse contra la fuerza organizada monstruosamente por el Estado, se intenta y se realiza la suma de muchas voluntades para contrarrestar y hacer inocuas las medidas del despotismo y de sus órdenes drásticas policiales.

Todos a obedecer, desobedeciendo, ya que no hay fácil libertad para evadirse y pende la amenaza de represalias gubernamentales.

¡Resistencia pasiva y todos marchando a través de largos caminos para ir al trabajo forzado en las grandes ciudades como Barcelona y Madrid! Los medios de transporte quedan vacíos y una protesta silenciosa y *elocuente* «dió que pensar». Quizá esta actitud esclarecida y serena es una especie de energía atómica que se inicia en el mundo y que puede dar lugar a las explosiones en cadena que despierten la conciencia de los pueblos. Quizá la revolución realmente eficaz, que va hasta las raíces del mal social, consiste en no agitarse, en estar quietos y no paralizados y hacer la resistencia desde el propio hogar y desde el fuero interno de cada uno.

Mas para llegar a estas prácticas sumamente previsoras y de energía incontrolable por las fuerzas del autoritarismo, todavía habrá que prever luchas desesperadas, aniquilamiento de armas combatientes y sangrientos montones de víctimas...

Dejemos esta idea en el campo de las conjeturas hipotéticas, pero saludemos con amor entusiasta toda acción que hace al hombre fuerte en sí mismo para evadirse de las jaulas autoritarias, por disfrazadas que se presenten con mitos y leyendas, con mentiras convencionales y con añagazas políticas.

¡Que el hombre salte por encima de sus tradiciones doctrinarias, que cada uno empiece a despertar por el tronar guerrero y por los tañidos de los campanarios que apagan el eco de las verdades vitales!

Sólo así, si es que no existe una degeneración humana inevitable, como afirman algunos pesimistas científicos, se podrá remontar esta corriente hacia el abismo y se salvará el hombre sano, y se vislumbrará, como una luz en la lejanía, la libertad del mismo.

Siendo el hombre libre, lo será también la sociedad cultural de sus afines; las congestiones de la civilización pesada y cruenta desaparecerán para establecer acaso pequeñas poblaciones limpias y conscientes, que sabrán convivir con sus vecinas, no obstante las diferencias lingüísticas y morales que existan, para intercambiar sus facilidades vitales y sentir, por fin, esa solidaridad tan loada en teoría y tan desmentida en la práctica absurda de nuestra sociedad de antagonismos antivitales.

Todo este panorama y los aditamentos que pueda darle la fantasía humanista, queda en el horizonte de las utopías y sólo es cierto, con toda su brutal contundencia, que la sociedad autoritaria, con todas sus mentiras espirituales y sus

violencias destructoras del hombre y de sus obras, podrá seguir manejando el mito de la libertad colectiva.

La libertad del hombre sólo el hombre podrá conquistarla como individuo. Ni sus instituciones, ni sus constituciones, ni sus prostituciones vendrán a regalársela en bandeja de oro o de oropel.

Costa ISCAR



EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE GUERRA JUNQUEIRO

Los poemas de este gran idealista son la obra fecunda y eterna de un bardo cuyo corazón palpité durante medio siglo al unísono de todo un pueblo. Guerra Junqueiro es una de las más gloriosas figuras de la poesía latina contemporánea. Su espíritu va más allá del tiempo para confundirse con la inmortalidad.

De estatura mediana, enjuto, de ojos profundos y vivaces, dentro de su flaqueza física ardió con fuego de volcanes el alma de Europa, aprisionada, sacudida de emoción a través de sus estrofas que arrancan del más profundo lirismo y llegan a las notas más altas del pentagrama con épicos acentos. Poeta de marcada jerarquía, es un gigante implacable que penetra en el corazón, alcanzando sus pliegues más íntimos. Su verbo adquirió en poesía diversas tonalidades, con nuevos acordes. Su verso, rico en sonoridades luminosas, confunde con las imágenes, que tienen toda la frescura del alba y del cielo; su técnica adquiere magnificencia profunda, con expresión de excelsitud. En él florecieron principios de versificación ya casi olvidados y formas singulares que le colocan entre los más preclaros genios de la literatura universal.

Tres líneas dominantes aparecen confundidas en este poeta. La puramente lírica, abarca los primeros tiempos de su juventud apasionada y es cada vez más profusa con el curso de los años. Esencialmente romántico, para vigor y sabor de su obra encontró en la lírica un respiro a su arte inconfundible y arrebatador. Sus composiciones tienen una música particular que se distingue con melodías incomparables del resto de la poesía de nuestro tiempo por el tono tan íntimo que imprime a su arte. Sin haber producido una obra voluminosa, puso las emociones y el sentimiento en una labor que adquiere eternidad.

Con marcada preferencia, su verso es rítmico y musical; exhala el perfume de las flores con la grandeza evocativa de las faenas rurales. Sus sentimientos ponen en los humildes pastizales, en los bueyes pasmados contemplando la luna, en los resplandores sobre las sementeras donde la semilla comienza a despertar de su sueño eterno y en las eras toda la gracia y grandeza de lo divino. Su poesía adquiere aquí magnificencia bucólica no alcanzada por Mistral, porque aparte de su sentimiento humano infundió espíritu a las cosas inanimadas que se estremecen delicadamente con la tierra, las mieses, los árboles, el viento y el agua, confundidas en un alma sola para entender el doloroso problema del hombre, motivo final del mundo viviente.

Con las más variadas armonías, desde la antigüedad el alma humana no recibió una confesión patética de tan emocionante lirismo ni tan melodiosa, mensaje íntimo del hom-

bre a la naturaleza, himno de gloria que el espíritu humano no escucha en la noche del tiempo presente después del verso de Darío. En la beatitud de la tarde apacible, al perfume de los romerales, cuando los rebaños descienden al aprisco y el cavador azada al hombre retorna, gemebundo, y la molinera enharinada vuelve, con su rucio de lento caminar cansino llevando en las alforjas la bendición del trigo molido para convertirlo en pan que será besado por los labios y el alma, el poeta estalla en salmos exuberantes que retumban en el corazón del atardecer y hacen música celestial en la noche estrellada.

El poeta ha vivido al ritmo de su pueblo y con su mismo caminar. Ha cantado sus glorias y entonado el quejumbroso y dolorido pean de sus desventuras. Suyas son sus flaquezas y arranques heroicos; sus emociones mantuvieron viva en él la llama de la fe en la justicia, en el porvenir y en la libertad. En composiciones únicas en su género, ha combatido la tiranía en todas sus formas, poniéndole delante la razón, la responsabilidad, la libre iniciativa, la igualdad social como principios básicos imprescindibles y legítimos de todos los pueblos. De ahí que se haya impuesto como poeta civil de su país, deseoso de tomar parte en el concierto universal. Aquí cinceló las más bellas imágenes de su lirismo, con formidables imprecaciones, cuando hablan chozas de pescadores, escuelas en ruinas, fortalezas desmanteladas, estatuas de héroes, monumentos arrasados, pocilgas de obreros que hacen negra la tierra, negro el cielo y negro el mar. Su estro remueve la ira popular y alza himnos revolucionarios contra la iniquidad y la opresión. fustiga los vicios del régimen y presenta a los verdugos ante el tribunal de la justicia humana. Elocuente hasta la excelsitud, su épica se vuelve magistral y corona su obra extraordinaria, profundamente lírica y heroica, que le sitúa como numen representativo del sentimiento más íntimo de la poesía latina de nuestro siglo.

Durante cincuenta años alimentó con calor las inquietudes de la poesía lusitana, que trascendió las fronteras por su jerarquía. Retirado de las luchas políticas, cuando su temperamento adquirió plena madurez, se dedicó exclusivamente al arte en que se eternizó con un monumento de proporciones singulares en la historia de la literatura universal. Espíritu combativo, de temperamento rebelde, desilusionado por el rumbo que tomaba su pueblo, determinó librar la batalla individual con armas poéticas para conducirlo por senderos más seguros y hacia regiones más puras. Abandonando las grandes urbes, se trasladó a su Barca del Alba, reducto agrícola donde pasó los mejores y últimos años de su vida en la veneración de sus ciudadanos. Igual que Tolstoi, cavó también la tierra y absorbió el paisaje que cantó en himnos de resonancia espiritual sin precedentes en ninguna otra lengua. Arrancó de las mismas entrañas del suelo el motivo primigenio de su inspiración. Sus manos tersas extrajeron del vientre de la tierra fecunda los frutos que él mismo había sembrado y cultivado, ebrio de luz, rico de auroras. Las tareas de su estanzuela le identificaron con el cielo y el ambiente rural en la profusión de los matices más variados, con esa unción religiosa de la que es monumento poético «Los Simples».

Sólo de tarde en tarde descendía de su Barca del Alba para encontrarse con el desconcertante don Miguel de Unamuno, con quien le unía una lejana amistad espiritual, o para buscar en la ciudad lo indispensable a su existencia moral, e inmediatamente escapaba a esconderse en el culto paraje «que alegra el blanquísimo agitarse de las aspas de los molinos, con los senderos verdeantes de hierba húmeda de rocío y los campos labrados», con las encantadoras visiones aldeanas. En aquel rincón, oculto al ojo profano de los inquietos europeos, dentro de un pueblo legendario que en varias generaciones recorrió los mares, la tierra y el cielo, caminando por un ribazo, junto al inmenso panorama de prados, olivares, sembrados y almendros floridos, contemplando con la mirada ingenua y extasiada el claror de la estrella matutina, el poeta

dió con el peregrino adolescente que pretendía dar la vuelta a la vida, combatir monstruos, aplastar serpientes, leer destinos y desentrañar hados, amontonar tesoros, fabricar diamantes, descubrir mundos y adquirir gloria y fama. A esa época pertenecen las fantasías deslumbrantes y encantadoras que por su poderosa belleza dan sublimidad a la obra del poeta.

Allí es donde han surgido las oraciones al pan y a la luz como un canto al progreso, simbolizado en ese misticismo insumiso que brota de su pensamiento con la visión más profunda del porvenir. En sus pastorales predomina el paisaje de idilio y de personajes resignados a la humilde existencia, que el poeta ha hecho vivir artísticamente con trazos sublimes. En sus oraciones, el misticismo cristiano, evangelizado por Tolstoi, se mezcla con el panteísmo en una síntesis filosófica que hace palpar al corazón con la intensidad pujante del lirismo y el estremecimiento musical de sus ritmos y cadencias.

Guerra Junqueiro ha creado un universo poético para el progreso y una moral propia de profundo sentimiento místico para la vida del hombre, en el afán de acercarlo a la naturaleza. La fuente de su inspiración le ha transportado a otros reinos fuera de la tierra, a las regiones de la poesía, que es la oración de la palabra humana hecha música. Ha exprimido de la lengua el candor de Joao de Deus y de Anthe-red de Quental, sin llorar propias ni ajenas desventuras con desgarrados acentos de agonía, pero sí marcando emociones de mágicas leyendas e imprecaciones de trágica amargura frente al pasado oscuro, con las más sorprendentes policromías, ya recogido en la desbordante cordialidad de los misteriosos silencios, dándose en alma y vida en el amor a todos los hombres, a todas las cosas. Errante como una sombra que quisiera pertenecer a todos los pedazos de la tierra, por su universalidad, es su obra la de más ternura que se escribió en lengua latina.

Campio CARPIO



RICARDO MELLA

La alusión a Mella y Lorenzo, en mi nota sobre Prat, ha hecho que me escriban algunos lectores pidiéndome les diga algo más de esas dos figuras del anarquismo español. Ni puedo contestar a todos—el tiempo me falta—, ni puedo, sin las obras de Mella y Lorenzo a la mano, trazar aquí las líneas que sobre ambos deberían trazarse. Me contentaré, por tanto, como en el caso de Prat, con desenterrar cosas dichas en otro tiempo. Aunque no nuevas, para todos los lectores que me han escrito, y para muchos otros, lo serán. He aquí—dejemos a Lorenzo para otro día—, un artículo que publicó al aparecer *Ideario*, primer tomo de las *Obras Completas* de Mella.

* * *

Si alguna vez, en España, personas hondamente preocupadas de las cuestiones sociales, particularmente en sus aspectos moral y filosófico, se adentran de modo atento en los escritos de Ricardo Mella, tendrán muchedumbre de sorpresas. La obra entera de este libertario está llena de atisbos ciertos, de sondeos profundos en la entraña de las cosas.

Antidogmático e independiente, Ricardo Mella estaba preparado para marchar, con soltura y agilidad, por gran número de caminos en los que otros libertarios—muchos—andaban rutinariamente, sin agregar ni un matiz nuevo, personal, amplio, a la obra en que, voluntariamente, se habían empeñado.

No es reproachable a éstos su incapacidad para el esfuerzo señalado. Si su falta de curiosidad. Capaz Mella para aquel esfuerzo, curioso, además, y de mente abierta, cuantos trabajos salieron de su pluma están henchidos de los valores que nacen de tales virtudes, valederas en toda hora. El artículo de circunstancias y el ensayo meditado, las cuartillas volanderas, de polémica o de crítica, y el escrito más reflexivo sobre algún tema de perenne interés, tienen el mismo sabor de cosa lograda. Cuando combate y cuando aconseja, cuando critica y cuando expone puntos de vista personal, originales, sobre cualquier problema, la amplitud de su pensamiento, que no se cierra en estrechos límites, que no gusta de contentarse con una certidumbre fácil, admira.

Buena prueba de ello es el volumen *Ideario*, que, como primero de sus *Obras Completas*, acaban de publicar excelentes amigos suyos de Gijón.

Si en el ambiente libertario español hubiese mediana curiosidad intelectual, el éxito de este libro sería ruidoso. Como no es así, pasará poco menos que inadvertido. Otra cosa sucedería si se tratara de una simpleza. Estas tienen de antemano asegurada la buena acogida.

En realidad Mella es, entre los que dicen pensar como él, casi desconocido. Se le ha leído poco y se le ha comentado menos aún. No, sin duda, por desdén. Sí por falta de apatencia de saber. Bastaría que hubiese el deseo de penetrar en lo íntimo de las cuestiones para que un libro de Mella provocara sinnúmero de comentarios. Tan densos son cuantos dejó escritos, tan preñados de inquietud, tan desazonadores. Denso, como todos, es este *Ideario*. Se reúnen en él, certamente, sus trabajos más personales, más originales, más contradictorios y más llenos de substancia. Una multitud de problemas, y de matices de problemas, son abocados por Mella en los breves trabajos que forman el volumen. Y todos con novedad, en el fondo y en la forma. Se ve aquí, mejor acaso que en cualquiera de sus otras obras, que el anarquismo no tuvo nunca, en España, pluma mejor cortada. Quizá influya esto en no escasa medida a aquel desconocimiento mencionado. A veces molesta, a los posibles comentadores, encontrar más riqueza de ideas, en lo que han de comentar, que la que ellos poseen. Y toman el partido de callar. Salida cómoda.

Por si no bastara el desconocimiento, también ha sufrido Mella la incomprensión de muchos de sus lectores. No por dificultad de él en expresarse: por cerrazón mental de quienes le leían.

En *Ideario* se reproducen algunos de sus artículos menos comprendidos. Trabajos de valor duradero, pues que fueron hijos de pasión contra errores que iban extendiéndose, estupidamente, entre aquellos para quienes señaladamente escribía. Fueron recibidos estos trabajos con escándalo. Prueba cierta de que no eran anodinos. Quizá con el tiempo se comprendan mejor. Si así no es, tanto peor para los incapaces de comprenderlos.

Las obras de Mella, todas, son recomendables para cuantos se preocupan de los problemas más agudos en que la humanidad se debate. En ellas encontrarán esfuerzos admi-

rables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos, además de admirables, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside la labor. El tono literario es, también en todo momento, digno, de expresión feliz y certera. Una vaga sombra de escepticismo, que atraviesa hasta las páginas más optimistas, realza en gran manera el valor de la obra total. La actitud plena de seguridad revelaría ignorancia. No entra nunca Mella en semejante callejón. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, bien visible siempre, en la que el pensamiento pone freno a la confianza demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de los grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, Mella se coloca al final, luego medita las dificultades de ese salto, sólo factible para el pensamiento. Y la meditación, honda y encendida, hace doblemente valiosos sus trabajos.

He dicho antes que sus mejores trabajos son contradictorios. No se tenga prevención contra esta palabra. Es justa y, en este caso, encierra un elogio extremo. Cuando el pensamiento de un hombre está siempre poco satisfecho de sus conclusiones, por un anhelo de mayor certeza, las contradicciones surgen sin cesar, con una vida pujante y admirable. Ocultarlas sería cobardía. Dejarlas que vivan tal como nacen es prueba evidente de probidad intelectual, como asimismo de que el cerebro en que surgen no está paralizado, sino al contrario, en perpetuo bullir creador.

Algunas gentes mezquinas, que no han perdonado a Mella su independencia, se regodearían de buen grado exponiendo minuciosamente sus contradicciones, que son muchas, por lo cual les sería fácil hallarlas. Naturalmente, si se atrevieran, las expondrían a manera de censura. Romas de pensamiento, esas gentes juzgarían censurable lo que es merecedor de alabanza, de una alabanza excepcional y categórica. Un hombre que durante veinte años, o más, repite las mismas cosas, sin variación, sin progreso, sin vacilar un día, ya sea en la forma externa, ya sea en la substancia íntima, de lo dicho anteriormente, no tiene, en realidad, significación alguna. Dudar hoy de lo dicho ayer, por un anhelo de mayor perfección o de mayor certeza, es, al contrario, muy significativo. No es dable esto sin contradicción. Las contradicciones de Mella revelan, en el curso de su obra, el esfuerzo loable por conquistar día tras día una porción más amplia de verdad. La conquistara o no, y pocas veces dejó de conquistarla, es indiferente. Gozoso es llegar a la cumbre de una montaña. Para los que presencian la ascensión, el gozo consiste en el esfuerzo del que marcha hacia la altura. De ese esfuerzo se desprende la enseñanza, más que de la llegada. Las personas que se creen poseedoras de la verdad y repiten la misma cantinela durante muchos años, lo cierto es que no salen, de ninguna verdad, ni lo externo.

Mella ha trabajado constantemente por arrancar velos a una muchedumbre de cosas. Pero detrás de cada velo aparecía otro, y ya no le era útil la herramienta inicial para la nueva faena. Inservible el arma usada al comenzar, tuvo que echar mano a otras. Su cerebro, preparado, se las ofrecía. Por una mal entendida lógica de no contradecirse, no era cuestión de desaprovecharlas y de abandonar el trabajo. Deshizo las palabras del día anterior con otras más preñadas de significado. Aparentemente, había abierto un abismo entre las razones iniciales y las sucesivas. Sólo aparentemente. En realidad, una lógica mejor unía las unas a las otras: la lógica íntima que ata los hilos más diversos cuando todos, desde el quebradizo de un momento de entusiasmo, hasta el más fino y más fuerte, que nace de la reflexión, se originan en una atrevida búsqueda de luz para adentrarse en los problemas, no para hacer en torno a ellos una doctrina cerrada, limitada, que quien esto hace no se contradice, sino un campo de experimentación amplio, abierto, sin lindes.

Manejando un lenguaje en muchas ocasiones perfecto, del que extrajo novísimas formas de expresión, Mella hubo de

oponerse, como todos los hombres que ahondan hasta la entraña más recatada de las cuestiones, a la evidencia. Su desconfianza de la razón, tan nueva en las teorías, demasiado cargadas de fríos razonamientos sin vitalidad ni consistencia, ofrezca el aspecto más desbordante de interés de toda su obra. Esa lucha contra la evidencia, a la que sólo llegan los cerebros que trabajan mucho, es un manantial inagotable de ideas imperecederas. Todos los que se asomen a los escritos de Mella encontrarán, en este destacado matiz de ellos, campo inmenso donde cosechar enseñanzas, no doctrinarias, que entonces no enseñarían nada, sino capaces de fecundar poco exploradas regiones del pensamiento. Ni en España, ni en otros países hay muchos escritores que, a través de la muchedumbre de contradicciones en que cae quien nunca está satisfecho de lo que hace, hayan aportado, al estudio de las cuestiones sociales, tanta suma de conocimientos. En aquella desconfianza de la razón, que es toda una filosofía, hay que buscar la raíz más honda de esa riqueza, valedera, no efímera, de la obra de Mella. Sin este antecedente, los saltos de su pensamiento, ayunos de base firme, se habrían perdido en el vacío. Por él iban, certeros, a expresar algo nuevo, una anticipación, muchas veces, es decir, algo contra la evidencia presente. Por lo tanto, en apariencia, una sinrazón. Pero sólo en apariencia. En realidad, se asían a lo por venir. Para decir cosas con substancia de futuro se ha de desconfiar de lo que en el presente se juzga razonable.

Poseedores de esas virtudes, claro es que los escritos de Mella, hasta los, al parecer, más insignificantes, tienen carácter de universalidad. No podía ser de otro modo. El acento humano que vibra en todos, así en los fáciles como en los de más empeño, los eleva a esa categoría. Además, se ve siempre en ellos, entre los aciertos, innumerables, de sus frases, entre los argumentos más objetivos, al autor, que se entrega a su trabajo con pasión, pero sin perder jamás la lucidez, que es un hombre de recio temperamento y que, hiera o acaricie, le sentimos cerca, encendido en fervorosa y pura llama cordial.

DENIS



SEGOVIA PAÑERA

Los catalanes de la escuela incluso del admirable Almirall, que tienen a Castilla por un pueblo absortamente místico, conquistador de la excelsitud del éter, como lo fué de América, sólo para colonizar el cielo y robarle a Dios la capa, deben reconsiderar sus clichés mentales y rehacerlos, porque está con ellos la verdad muy mal servida.

Castilla fué históricamente tan industriosa e industrial, como lo es hoy Cataluña. Y han sido la monarquía y la Iglesia las que la han convertido en un alijar o eriazó; en un vivero de espadachines al derriengue, tenorios del parlamentarismo y la política e hidalgos de gotera; y en una cueva de leprosos y mendigos, además.

Hace poco más de cincuenta o sesenta años que Tarrasa, Alcoy y Sabadell proveen de ropa a la desnudez de España. Cuando fueron Cuenca y Segovia, las que la estuvieron vis-

tiendo durante cuatro o cinco centurias.

Los lanificios y los linificios segovianos, particularmente, alcanzaron en la Baja Edad Media justa celebridad. En las lonjas de Zocodover y las tendillas de Sancho Minaya, de la imperial y turroneo-mazapanera Toledo, que oficiaron un tiempo de gran bazar de Occidente y a modo de otra Feria de Medina del Campo totoánua, los ricos paños verdes y azules, con que se enchalecó hasta la corte, y cuyo colorido fijaban los cristales del Eresma y del Clamores, cortaban, como vulgarmente se dice, entre árabes, cristianos y judíos, el bacalao.

Segovia trabajaba exquisitamente y a la gruesa el lino, además de distinguirse en otras ramas textoria y fabricias, como el damasco, el fieltro, el papel y el adobo del cuero. Pero, en lo que figuró un día indiscutiblemente como capital, reina y señora peninsular, ya hemos dicho que fué el hilado y laboreo del lanaje.

La materia prima suministrábensela a esa industria segoviana, así como a la palestina, a la bejarana y a la conquense, las respectivas ganaderías regionales. O sea, las famosas ovejas merinas, legítimas madres de la actual gran cabaña de Australia y hasta de buena parte de la Mongolia, Patagonia y Utah.

No tengo a mano datos precisos sobre el número de telares, que llegó a mover el textil lanero segoviano. Pero, sí que puedo afirmar responsablemente que toda la ciudad era una inmensa fábrica, en que lanzaderas, viaderas y cárcolas o pedales no paraban de estrella a estrella en su vértigo.

En la capital y en la mayoría de los pueblos comarcanos —un pequeño Lancashire—, las lanas de que había de salir, desde el limiste finísimo hasta el burdo buriel, se lavaban, se arcaban o vareaban, se carmenaban o desenredaban con el peinaje, se cardaban, se teñían, se hilaban y se tejían magamente.

Las telas eran cuidadosamente escuradas o desgrasadas, bataneadas y aprestadas. Y en su presura y labrado ocupábanse todos los brazos útiles de la población, incluso los de niños, mujeres y ancianos no impedidos; y siempre, por supuesto, que la defensa de las libertades de la famosa Comunidad segoviana no obligaban a sacar de la vaina el espadón y a empuñar el lanzón.

Y bien. Todo este enjambre melífero y «filibre», que el feudo a cintarazos no había podido desbandar, lo aventó a humazos el Santo Oficio. Incineráronlo la monarquía absoluta, la frailonga disoluta, las Ordenes de Caballería bellacas, el bonetillo mariposón, los iguómanos de la liberalería, los burros de borrón o burócratas y los caciques indígenas, peores o más «indinos» que los indios.

Ahora en Segovia no hay un tejedor, ni una hiladurá, ni un huso ni siquiera de rueca. No zumba el abejoneo de un telar. Es un cementerio fabril y textil, una sacramental concejil y del fuero.

Pero, en cambio, tiene catedral, castillo o alcázar, academia milicoide, cárcel, casino, inclusa, comandancia de la guardia civil, «Monte-impío», guarnición, hospital, conventos, tabernas, seminario, lupanares; y más tiñas que todo el rastrojo de «Cantinciempalos» y de la meseta entera se puede rascár.

Angel SAMBLANCAT



NO ES POR AHI

Dejo hoy la palabra a un sociólogo, merecidamente célebre: a Marx Weber. Objetivo. Raramente defiende o combate nada. Expone, con pulcritud, hechos. No siente otras conclusiones que las que se desprenden de los hechos.

El tema de que le dejo hablar no parece actual. Lo es. Por eso le dejo hablar de él. No hay día que no leamos, aquí o allá, que la libertad aumenta mediante aquello por lo cual, en realidad, disminuye. Que así es, o que tal libertad no existe, es lo que nos muestra Max Weber. Veámoslo:

o o o

La evolución de las relaciones jurídicamente reguladas hacia la sociedad de tipo contractual y del derecho mismo hacia la libertad contractual, especialmente hacia la autonomía de poderes reglamentada por medio de esquemas legales, suele ser visto como disminución de las limitaciones e incremento de la libertad individual. En qué sentido relativo es esto correcto desde el punto de vista formal, lo hemos visto ya. La posibilidad de entrar en relaciones contractuales con otros, cuyo contenido es convenido individualmente en su totalidad, así como la de hacer uso de un número siempre creciente de esquemas que el derecho pone a disposición de los interesados para las formas de socialización en el más amplio sentido del vocablo. han tenido con relación al pasado, al menos en el derecho romano, un ensanchamiento extraordinario, en conexión con el campo del tráfico mercantil y del trabajo personal en los servicios profesionales. Hasta qué punto se ha ofrecido con esto desde el punto de vista práctico un aumento de la libertad individual en la determinación de las condiciones de la forma de vida, o de qué modo se produjo a pesar de ello y en parte quizá también en conexión con el mismo fenómeno, un crecimiento de la esquematización coercitiva de la propia forma de vida, es algo que no puede únicamente inferirse del desarrollo de las formas jurídicas. Pues la enorme multiplicidad formal de los esquemas contractuales dis-

ponibles, y la autorización también formal de crear contenidos contractuales por propia iniciativa y prescindiendo de esos esquemas, de ningún modo garantizan que estas posibilidades formales sean de hecho más accesibles a todo el mundo. A ello se opone en primer término la diferenciación, garantizada por el derecho, de la distribución de la propiedad. El derecho formal de un trabajador, de concluir con cualquier empresario un contrato de trabajo de cualquier contenido, prácticamente no significa para el desocupado la menor libertad en la fijación de las condiciones del trabajo, y en modo alguno le garantiza la posibilidad de influir en la determinación de las mismas. Lo que de sus derechos formales resulta en primer término es simplemente, cuando menos, la posibilidad de los que en el mercado son más poderosos—en este caso normalmente el patrón—de fijar a su arbitrio estas condiciones, ofrecerlas al desocupado para su aceptación o repulsa y en el caso normal de la urgencia económica más fuerte de la oferta de trabajo, imponerlas al solicitante. El resultado de la libertad contractual es, pues, en primera línea: la apertura de probabilidades de usarla, por medio de una hábil aplicación de la propiedad de los bienes en el mercado y salvando todas las barreras jurídicas, como medio para adquirir poder sobre otros. Los interesados en adquirir el poder comercial son los mismos interesados en un orden jurídico semejante. En su interés reside primordialmente el establecimiento de «normas facultativas» que ofrecen esquemas de convenio válidos, los cuales, desde el punto de vista de la libertad formal, son accesibles a todos, aun cuando de hecho están a disposición de los propietarios y en realidad sólo garantizan su autonomía y la posición de poder en que se hallan.

o o o

Vale la pena meditar esas palabras, sensatas como pocas. Con otras, abundantes, cuya meditación tampoco estará de más, enseñan por qué caminos no hay que esperar la libertad, aunque tantos la esperen por ellos. Mientras sigan esperándola de donde no ha de venir, no la tendrán.

F. del PINO



EL ARTESANADO DE ESPAÑA



Ayuntamiento de Madrid
Alfarería, Cantaros de Verdú



NUESTRA PORTADA

Situada en el borde occidental de nuestro continente, Valencia se da la mano, por su clima, por su flora y por su orografía con los países del cercano y medio Oriente. Iguales tipos, la misma luz, idéntico paisaje exótico y lujuriante.

No en balde fué Valencia asiento de cultura musulmana, a la que debe sus fértiles jardines y un trazado de canales que es la admiración del mundo. Sus bos-

ques de palmeras elevan a la región levantina al rango de octava maravilla.